

**TEATRO SELECTO**

**EL noveno MANDAMIENTO**



G-F 6472

**M. RAMOS CARRION**

**2**  
PESETAS

**BIBLIOTECA "JOYAS LITERARIAS"**



Centimetres **TIFFEN** Color Control Patches © The Tiffen Company, 2007

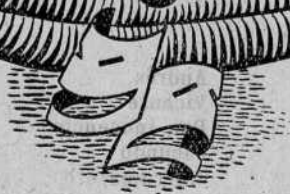


DGCL  
A

*- Empresa Anónima  
Romero y Cajal 70*

*Batman*

# TEATRO SELECTO



MIGUEL RAMOS CARRIÓN

## EL NOVENO MANDAMIENTO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Original

Febrero, 1943

N.º 75



R. 75312



*C. 1129105  
t. 95262*

**PERSONAJES :**

**María  
Dolores**

**Andrés  
Vicente  
Don Inocencio  
Facundo  
Un camarero**

POR LO QUE SE  
REFIERE A LA PRE-  
SENTE EDICIÓN ES  
PROPIEDAD DE LA

EDITORIAL CISNE — UNIÓN, 21 — BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

IMP. MODERNA

## ACTO PRIMERO

Gabinete elegantísimo. Puertas laterales y al foro. Muebles de excelente gusto. Chimenea a la izquierda. Velador con varios álbumes de fotografías.

MARÍA *que sale por la izquierda y mira el reloj que aebe haber sobre la chimenea.*

MARÍA. — ¡Las diez y media ya! (*Toca el timbre. A FACUNDO que sale.*) ¿Se ha levantado el señorito?

FACUNDO. — Sí, señora.

MARÍA. — Dígale usted que le aguardo para tomar el té.

FACUNDO. — Al momento. (*Entra por la derecha.*)

MARÍA. — ¡Qué tarde, Dios mío, qué tarde! Todos los días me sucede lo mismo. No puedo madrugar, no puedo. Ya por pronto que salgamos serán las once. No queda tiempo para nada.

FACUNDO. — (*Que sale.*) ¿Quiere la señora que le sirva aquí el té?

MARÍA. — Sí, pronto.

FACUNDO. — Al instante. (*Vase.*)

MARÍA. — ¡Ah! Di a Gregorio que vaya por una berlina de alquiler.

FACUNDO. — Está bien, señora. (*Vase por el foro y vuelve trayendo un veladorcito con el servicio de té.*)

MARÍA y ANDRÉS. FACUNDO *que se va luego.*

ANDRÉS. — (*Yendo a abrazar a su mujer.*) Buenos días.

MARÍA. — Buenos días, Andresito. (*Prepararé el terreno, porque de otro modo de seguro me dice que no.*) ¿Has dormido bien?

ANDRÉS. — Perfectamente. ¿Vas a salir?

MARÍA. — Sí. ¿A qué hora viniste anoche?

ANDRÉS. — A la una y media ya estaba en la cama.

MARÍA. — ¿De veras?

ANDRÉS. — De veras.

MARÍA. — ¿No estuviste en el Casino hasta las tres o las cuatro?

ANDRÉS. — Te lo diría.

MARÍA. — ¡Dichoso casinito! Esa sociedad es la perdición de los matrimonios.

ANDRÉS. — Pues hija, el nuestro por lo menos no lo ha perdido.

MARÍA. — Cierto. Pero eso consiste en que eres el mejor de los maridos.

ANDRÉS. — Muchas gracias. Y tú la mejor de las mujeres. Sepamos, ¿qué es lo que deseas? Porque cuando empiezas a echarme piropos, ya sé que acabas pidiéndome algo.

MARÍA. — Nada tengo que pedirte; te hago justicia, eres muy bueno para mí, muy cariñoso; muy condescendiente... y sobre todo... me quieres mucho. ¿Qué más puedo pedir?

ANDRÉS. — ¡Ya lo creo que te quiero!

MARÍA. — A pesar de lo cual no me darás una prueba de cariño que yo te agradecería mucho.

ANDRÉS. — ¿Eh? ¿Qué tal? ¿No dije yo que acabarías por pedirme algo?

MARÍA. — Sé amable. Necesito comprar unas cosas...

ANDRÉS. — ¿Y a qué viene hablar de eso? ¿Te he negado algo? Compra cuanto se te antoje.

MARÍA. — No es eso, no es eso.

ANDRÉS. — ¿Pues qué es?

MARÍA. — Pienso ir a tiendas, ¿comprendes? y nunca quieres acompañarme, y yo te ruego... que vengas conmigo. Abajo nos espera una berlina.

ANDRÉS. — ¡A tiendas! Nunca.

MARÍA. — Pero, hombre, ¡qué manía!

ANDRÉS. — Jamás. No tengo valor bastante para asistir a aquella interminable exposición de kilómetros de tela. Los comerciantes, apreciables personas fuera de la tienda, son insoportables detrás del mostrador. (Imi-

tando lo que hacen los comerciantes cuando enseñan las telas a las compradoras.) «¡Vea usted esta tela! ¡De qué buen gusto! ¡Hoy la hemos recibido! ¡Y este popelín! Precioso.» «No me gusta.» «Pues es encantador, señora, encantador; usted no ha reparado bien. Vea usted esta sedalina; hoy la hemos recibido, es del mejor gusto; la generala Patillas ha llevado dos cortes hace un momento.» «No me gusta; es muy vista.» «¡Muy vista! Aquí tiene usted una novedad, una verdadera novedad, este gró a rayitas. Hoy lo hemos recibido. Color de mar tempestuoso... es lo último. La condesa de San Ginés se ha llevado uno igual.» «Me parece muy claro.» «¿Sí? Aquí tiene otro más oscuro; tiene usted razón, los colores claros están en decadencia; esta seda, color Burdeos, viste admirablemente; con encajes negros estará preciosa. Hoy la hemos recibido.» «No me gusta.» «¿Y esta de aguas? Es la última novedad. ¡Vea usted qué linda! Con vieses azules hará un efecto sorprendente. Hoy la hemos recibido.» ¡Todo lo han recibido hoy! No los puedo aguantar.

MARÍA. — Comprendo que para ti será un sacrificio, pero por eso te lo ruego. Anda, sé amable, no tienes que vestirte; en el cochecito conforme estás...

ANDRÉS. — Sí, con bata.

MARÍA. — Te avías en un momento.

ANDRÉS. — No me seduces, hija, no me seduces.

MARÍA. — Y entonces, ¿con quién voy?

ANDRÉS. — Solita en el coche. Y después, cuando vuelvas a almorzar, me enseñas lo que has comprado, todo eso que en la tienda me disgusta y que en casa me agrada muchísimo. Anda, anda, que ya es tarde.

MARÍA. — ¡Siempre lo mismo!

ANDRÉS. — Siempre que me hables de ir a tiendas. (*Abrazándola.*) Hasta luego.

MARÍA. — ¡Adiós, mal esposo! (*Abrazándole. Vase tirándole un beso desde la puerta.*)

ANDRÉS. — ¡Adiós, vida mía!

ANDRÉS, solo.

ANDRÉS. — ¡Es un ángel! Tengo una mujer que no me la merezco: Esta libertad sin límites que disfruto gracias

a su hermoso carácter, esta confianza absoluta que tiene en mí, son un encanto, un verdadero encanto. (*Fumando un cigarrillo.*) ¡Ah! Si todas las mujeres comprendieran lo que ata a un marido esta libertad, no lo sujetarían haciéndole desear la expansión que no tiene. ¿Quién es el hombre que se aprovecha de tan hermosa confianza para engañar a su mujer? Ninguno. Al menos yo no sería capaz. Puedes estar bien segura, mujercita mía, bien segura de que no he de faltarte ni tanto así, ni tanto así... Sólo podría hacerme vacilar la rubia del tranvía. ¡Dios mío, qué rubia aquélla! ¡Qué ojos! (*Volviéndose distraído y mirando a FACUNDO, que entra.*) Pero, ¡qué ojos!

DICHOS, FACUNDO; luego VICENTE,

FACUNDO. — ¿Qué tengo yo en los ojos? (*Restregándose'os.*)

ANDRÉS. — ¡Tú! ¡Ah! ¡Qué has de tener tú, zopenco! ¿Qué quieres?

FACUNDO. — Este caballero desea verle a usted. (*Dándole una tarjeta.*)

ANDRÉS. — ¡Visita a estas horas! ¿Has dicho que estoy en casa?

FACUNDO. — No he dicho nada, pero aguarda.

ANDRÉS. — ¡Vicente, Vicente aquí! Que pase, que pase al momento.

FACUNDO. — (Pero, ¡qué tendré yo en los ojos!) (*Vase.*)

ANDRÉS. — ¡Vicente, pasa, hombre, pasa!

VICENTE. — ¡Andrés! (*Se abrazan estrechamente y vienen así hasta el proscenio.*)

ANDRÉS. — (*Echando atrás la cabeza sin desprenderse de los brazos del otro.*) ¡Vicentillo!

VICENTE. — (*Idem.*) ¡Andresito!

ANDRÉS. — (*Imitando el mismo movimiento.*) Pero hombre, ¡qué sorpresa!

VICENTE. — (*Idem.*) ¡Tantos años sin vernos!

ANDRÉS. — ¡Y estás muy bueno!

VICENTE. — ¡Y tú también!



- ANDRÉS. — No ha pasado día por ti.
- VICENTE. — Estás lo mismo que hace diez años. (*Se desprenden uno de otro y se miran de arriba abajo.*)
- ANDRÉS. — Sentémonos, hombre.
- VICENTE. — Ante todo, ¿te has casado?
- ANDRÉS. — Dos años hace. ¿Y tú?
- VICENTE. — Hace tres.
- ANDRÉS. — ¿Eres feliz?
- VICENTE. — Felicísimo. ¿Y tú?
- ANDRÉS. — No hay hombre más dichoso.
- VICENTE. — Pocas veces se oirá semejante diálogo en boca de dos maridos.
- ANDRÉS. — Eso consiste en las mujeres. ¡La mía es un ángel!
- VICENTE. — ¡La mía es una santa!
- ANDRÉS. — Eso consiste en los maridos. Yo no pienso más que en mi mujer.
- VICENTE. — Yo lo mismo. (*Pausa corta.*)
- ANDRÉS. — ¿Tienes algún hijo?
- VICENTE. — Todavía no. ¿Y tú?
- ANDRÉS. — Tampoco. ¿Y vienes a Madrid por mucho tiempo?
- VICENTE. — Un par de meses. ¿Y qué ha sido de ti desde que no nos vemos?
- ANDRÉS. — Acabé aquí mi carrera. Tomé el título de abogado que para nada me ha servido hasta ahora; volví a Toledo al lado de mi tío; que murió al poco tiempo, dejándome cuanto tenía; viajé por el extranjero cuatro años, y al regresar conocí a María y me casé; esta es la historia.
- VICENTE. — Pues yo estudié en Sevilla el último año de leyes, me hice licenciado, defendí dos años a los pobres, tuve la fortuna de adquirir una clientela que se ha aumentado considerablemente; conocí a Dolores y me casé.
- ANDRÉS. — Y estamos hechos dos hombres formales.
- VICENTE. — Dos padres de familia.

ANDRÉS. — Dos padres... sin hijos.

VICENTE. — Eso es.

ANDRÉS. — ¿No tendrás prisa?

VICENTE. — Ninguna. Mi mujer se ha quedado con una tía suya, a quien quiere mucho, y por ver a la cual hemos venido a Madrid, y probablemente no volverá a casa en todo el día.

ANDRÉS. — En ese caso almorzarás con nosotros. María ha salido a compras, pero no tardará; ¿y dónde vives?

VICENTE. — En el Hotel Europeo. Para tener más libertad no quise que fuéramos a casa de la tía. Es una señora que recibe todas las noches de la semana; aquella casa es un jaleo constante; yo aborrezco las tertulias. Mi mujer va algunos días y después la acompaña el tío a la fonda.

ANDRÉS. — ¿Y no se incomoda ella porque tú no vas?

VICENTE. — Mi mujer no se incomoda nunca.

ANDRÉS. — ¿Te deja en libertad?

VICENTE. — Completa.

ANDRÉS. — ¿Y sois felices?

VICENTE. — Como nadie.

ANDRÉS. — Me llena de gozo ver que mi sistema da tan excelentes resultados. En el matrimonio debe existir una confianza ilimitada y una libertad ilimitada también.

VICENTE. — Esa es mi opinión.

ANDRÉS. — Y los que dicen que esa teoría en la práctica es imposible, se equivocan.

VICENTE. — Mienten.

ANDRÉS. — Y si nó, aquí hay dos matrimonios que lo prueban.

VICENTE. — Es indudable, hombre, indudable. Si mi mujer me tuviera sujeto a su lado... estaría yo deseando escapar.

ANDRÉS. — Claro.

VICENTE. — Y la faltaría, de seguro.

ANDRÉS. — Y así no se te ocurre siquiera. ¿Verdad que no se te ocurre?

VICENTE. — ¡Qué se me ha de ocurrir!

ANDRÉS. — Ni a mí tampoco.

VICENTE. — Sería uno hasta criminal abusando de esa confianza.

ANDRÉS. — Eso digo yo. Sería uno hasta criminal. (*Pausa. Se quedan los dos mirando al suelo.*) Por supuesto, que hay faltas de faltas.

VICENTE. — Naturalmente.

ANDRÉS. — Porque... exigirle también a uno que sea un santo...

VICENTE. — Hombre, yo un santo no soy.

ANDRÉS. — Ni yo tampoco soy un santo. (*Pausa. De pronto.*) ¡ Si vieras qué rubia tengo en expectativa !

VICENTE. — ¡ Si tú conocieras a mi morena !

ANDRÉS. — ¡ Cómo tu morena !

VICENTE. — ¡ A mí las morenas me encantan ! Mi mujer es rubia.

ANDRÉS. — ¡ A mí las rubias ! Mi mujer es morena.

VICENTE. — No se puede remediar.

ANDRÉS. — Eso digo yo. Luego... las ocasiones... las circunstancias...

VICENTE. — Eso, eso, las circunstancias.

ANDRÉS. — Figúrate que iba yo en el tranvía al barrio de Salamanca. Sentada frente a mí veo una mujer encantadora, cabello color de trigo, ojos azules como el cielo, talle flexible, manos aristocráticas, una perfección, un ideal con polvos de arroz. Yo la contemplaba extasiado ; ella, que notó mis miradas, fijaba las suyas ruborosamente en el piso del coche. Llegamos a la Cibeles, se levanta, y yo instintivamente me levanto también. Echan el freno al coche en el momento en que ella ponía pie en tierra, vacila y cae. Da un grito, me lanzo rápidamente, la levanto del suelo, le pregunto si se ha hecho daño, me dice que no ; pero le obligo a beber un sorbo de agua en un aguaducho inmediato. De pronto se me ocurrió una idea feliz. Soy médico, señora, la dije ; a ver el pulso, se ha puesto usted muy pálida ; estas emociones pueden traer consecuencias desagradables. La cogí una mano, ¡ qué mano ! La pulsé, tras, tras, tras ; una pulsación violentísima. Ella me

miraba como procurando adivinar en mi cara mi opinión facultativa acerca de su estado patológico; me miraba con unos ojos..., ¡qué ojos, chico, qué ojos! «Esto no es nada; pero debe usted tomar un calmante; la acompañaré hasta donde vaya y allí escribiré una receta.» «Mil gracias, no tengo el gusto de conocer a usted; me es imposible aceptar su compañía.» «Señora, no debe usted ir sola en ese estado...» «Gracias, mil gracias», repitió echando a andar. Yo la seguí. «Mi responsabilidad de facultativo me prohíbe abandonarla», le dije. «Caballero — repuso, volviéndose hacia mí con una dignidad que me encantó —: soy casada; hágame usted el obsequio de dejarme.» Y diciendo esto llamó a un simón inoportuno que pasaba por allí, metióse en el coche y me dejó con tres palmos de narices.

VICENTE. — ¿Y no has vuelto a verla?

ANDRÉS. — Al siguiente día en un palco del teatro de la Zarzuela. Estaba con una señora que debe ser su madre. El marido, si es que en efecto lo tiene, no pareció por allí en toda la noche. Esto me animó... Miradas de soslayo, miradas de frente, fijas, vagas, expresivas..., todo el repertorio.

VICENTE. — ¿Suyas?

ANDRÉS. — No, más. Ella no me miraba; es decir, parecía no mirarme, pero figúrate si me miraría. En cuanto entré me conoció; se puso encarnada, y habló con su madre, contándole sin duda el lance del día anterior, porque la madre me miró sonriéndose. A la salida del teatro, cuando yo pensaba lanzarme, se me escabulleron entre la gente y no logré alcanzarlas. Al otro día las vi en la Castellana, iban en un coche y me vieron. Tuve la paciencia de pasear sin perderlas de vista toda la tarde, y cuando se retiraban encontré felizmente una berlina de alquiler. «Sigue a ese coche», dije al simón. De esta manera averiguaré al menos dónde vive. Y cuando paramos en la calle del Carmen, veo que baja del coche que habíamos ido siguiendo una señora vieja con un perrito en brazos: «¡Animal! — digo al coche-ro —, no es ese el carruaje que yo te señalé.» «¡Como iban tantos, me he confundido!» Y hasta hoy; no he vuelto a verlas.

VICENTE. — ¡Bah! Yo tengo mi conquista mucho más adelantada.

ANDRÉS. — ¿Sí; eh?

VICENTE. — Muchísimo más. Es una morena de ojos negros, andar airoso y gracia sin igual. La conocí una tarde tormentosa. Llovía a cántaros, y ella, guarecida en un portal, esperaba un coche desalquilado. Pasó uno, salió ella, pero otra lo tomó al mismo tiempo, y ya se volvía al portal haciendo un gesto de impaciencia, cuando me acerqué ofreciéndome a acompañarla, resguardándola de la lluvia con mi paraguas. No me contestó. Entré en el portal con ella. Estábamos solos. La electricidad atmosférica me tenía en un estado excepcional. Yo, que soy naturalmente tímido, aquella tarde me atrevía a todo. La dije mil galanterías. Me escuchaba con disgusto, pero forzada a ello por la imposibilidad de lanzarse a la calle, que era un torrente. «Caballero — me dijo al fin —, puede usted comprometerme; soy casada.» En esto pasó un coche, metióse en él y desapareció.

ANDRÉS. — ¿Y después?

VICENTE. — Ahora empieza lo bueno. Aquella noche no me acordaba ya de semejante mujer, cuando en el baile del teatro Real se me acerca una máscara con capuchón amarillo y me dice: «Para enamorar a una casada se necesita más valor del que tienes». La miro sorprendido y veo unos ojos negros que brillaban detrás de la careta; los ojos de mi desconocida de por la tarde, indudablemente, los mismos.

ANDRÉS. — En las máscaras se lleva uno cada chasco...

VICENTE. — Era la misma cara. Luego me lo confesó. Pasamos juntos toda la noche, cenó conmigo en el ambigú y no me permitió acompañarla porque el marido estaba allí. ¡Estaba allí, chico!

ANDRÉS. — Los hay famosos.

VICENTE. — Quedamos citados para el baile de Piñata, que es pasado mañana, y no esperaba verla hasta entonces, cuando ayer..., ¡zás!, tropiezo con ella, que salía de un comercio de la calle de Espoz y Mina. Se hizo la desconocida; me dijo que estaba equivocado, que la confundía con otra y que la dejase en paz. Y tan sería

se puso que me separé de ella, diciéndola: «El domingo en el baile me explicará usted este cambio tan brusco; no quiero ser molesto». Y la dejé. Indudablemente ella temió que alguien nos viera; el marido tal vez.

ANDRÉS. — O acaso te dijera la verdad y no sea la misma.

VICENTE. — Estoy segurísimo.

ANDRÉS. — ¿La viste la cara?

VICENTE. — No, pero me confesó que era ella.

ANDRÉS. — Pudo ser broma.

VICENTE. — No lo creas. En fin, pasado mañana me convenceré. De todas maneras, la del capuchón amarillo es mujer de singular ingenio y de una gracia particular.

ANDRÉS. — ¡Rejuvenece uno al hablar de estas cosas!

VICENTE. — Es verdad.

ANDRÉS. — Me parece que estoy soltero.

VICENTE. — Y a mí.

ANDRÉS. — Y no es que me pese el haberme casado...

VICENTE. — No; ni a mí tampoco.

ANDRÉS. — Pero aquella libertad...

VICENTE. — Aquella alegría...

ANDRÉS. — Aquella vida no interrumpida de aventuras.

VICENTE. — ¡Y de balenes!

ANDRÉS. — ¿Te acuerdas de Asunción?

VICENTE. — ¡No he de acordarme, hombre!

ANDRÉS. — ¿Qué ha sido de ella?

VICENTE. — Se casó con un relator.

ANDRÉS. — Hay relatores muy desgraciados.

VICENTE. — ¿Y Pepita?

ANDRÉS. — Se casó también.

VICENTE. — ¡Todas se casan!

ANDRÉS. — Se me ocurre una idea.

VICENTE. — ¿Cuál?

ANDRÉS. — Vamos a pasar el día juntos, libres, solos e independientes. Dedicuemos unas cuantas horas a esos recuerdos tan agradables; figurémonos que aún estamos solteros.

VICENTE. — ¡ Me parece muy bien !

ANDRÉS. — Dejaré a mi mujer recado para que no me espere y almorzaremos en Fornos.

VICENTE. — Estoy conforme.

ANDRÉS. — Y después a paseo, a ver si casualmente tropezamos con nuestras respectivas conquistas.

VICENTE. — ¡ Admirable !

ANDRÉS. — Voy a vestirme en un momento.

VICENTE. — Ve con Dios.

ANDRÉS. — En cinco minutos estoy aviado. (*Vase.*)

### VICENTE

VICENTE. — (*Paseando de uno a otro extremo de la habitación.*) Verdaderamente es muy agradable recordar aquellos tiempos. ¡ Cómo se divertía uno... sin un cuarto !... ¡ Porque no teníamos un cuarto ! En casa de aquel comisario, con aquellas hijas tan feas ; ¡ qué bien pasábamos la noche ! Se bailaba, se jugaba a prendas, se hacían mil cosas. Luego las jiras campestres al Vivero y a la Florida... El columpio en los árboles... La comisaria decía : « Nada de cumplimientos ; en el campo todo está bien visto... » ¡ Y efectivamente, todo se veía muy bien ! ¡ Encantadores años, cuyos goces no se disfrutaban más !... ¡ Ay ! Va uno haciéndose viejo. (*Distraído se sienta al velador y coge un álbum de retratos.*) ¡ Retratos ! ¡ Veamos qué gente tiene Andrés por aquí. (*Lo abre.*)

ANDRÉS. — (*Saliendo.*) Cuando gustes.

VICENTE. — (*Dejando el álbum.*) Cuando quieras.

ANDRÉS. — (*Toca el timbre.*) Vamos a pasar el gran día. (*A FACUNDO que entra.*) Di a la señora que no me espere a almorzar, que ha llegado un amigo a quien no veía hace mucho tiempo y me voy con él.

FACUNDO. — Está bien, señorito.

ANDRÉS. — Vamos. (*A VICENTE.*) Cúbrete, hombre. ¡ Ah ! (*Deteniéndose a la puerta.*) Dile también que si no vengo a la hora de comer, que coma.

FACUNDO. — Está bien, señorito.

ANDRÉS. — (*A VICENTE.*) ¿ No te parece bien ? Podemos entretenernos.

VICENTE. — Sí; y yo voy a pasar por la fonda para dejar a mi mujer el mismo recado.

ANDRÉS. — ¡ Ah! (*Al criado.*) Y si por casualidad me retraso esta noche, que se acueste, que no me espere.

FACUNDO. — Está bien, señorito.

ANDRÉS. — Chico, me siento rejuvenecido. Vamos, vamos.

VICENTE. — Andando. (*Vanse.*)

FACUNDO. — ¡ Estos van de jaleo, como si lo viera! Amigos antiguos que vuelven a verse después de mucho tiempo..., belén gordo. Luego ese recado que deja para la señorita... (*Se sienta en la butaca, toma de la cigarrera un puro y lo enciende.*) ¡ Bien se divierten estos señores, bien! Como que no hacen otra cosa. Pásanse la vida tumbados a la bartola (*Se recuesta muellemente en la butaca.*) sin hacer nada más que comer bien, fumar buenos puros habanos... (*Echa una bocanada de humo.*) Y mientras los pobres nos matamos a trabajar. (*Bosteza ruidosamente.*) ¡ Cuándo vendrá el día de la desnivelación social!

DON INOCENCIO. — (*Dentro.*) No importa que no estén; esperaré a que vengan.

FACUNDO. — ¿ Quién será? (*Levantándose apresuradamente y ocultando el cigarro.*)

#### DICHO y DON INOCENCIO.

DON INOCENCIO. — (*Desde la puerta al criado, que se supone dentro.*) Que pongan por ahí el equipaje, donde no estorbe. (*Reparando en FACUNDO.*) ¡ Ah, buenos días! ¿ Con que mi sobrina ha salido y mi sobrino también, eh? Bueno, bueno; no creí que madrugaban tanto. Como en este Madrid se hace la vida al revés... (*Coloca sobre diversos muebles la manta de viaje, la bufanda, el sombrero, un lío de paraguas y bastones, la cartera, el frac, etc., etc.*) Esperaba encontrármelos en la cama y sorprenderlos allí... Porque se van a sorprender mucho... A quien menos esperaban ver es a su tío...

FACUNDO. — ¡ Ya! ¿ Usted es tío de los señoritos? Por muchos años.

DON INOCENCIO. — Su tío Inocencio. ¿ Nunca les ha oído usted hablar de mí?



FACUNDO. — (*Con gravedad.*) Yo no escucho lo que hablan los señores.

DON INOCENCIO. — ¡Muy bien contestado! Quise decir que si nunca le habían hablado a usted de mí.

FACUNDO. — No, señor; nunca me han dicho nada.

DON INOCENCIO. — ¡Hombre, eso sí que me choca! Porque yo siempre estoy hablando de ellos. Quiero a María como si fuera mi hija... ¡Ya ve usted, como que la he criado!...

FACUNDO. — ¡Usted!

DON INOCENCIO. — Yo mismo.

FACUNDO. — (*Sería con biberón.*)

DON INOCENCIO. — Mi pobre hermano murió cuando ella tenía dos meses... y su madre al darla a luz. Así es que no ha conocido otro padre ni otra madre que yo... Va a volverse loca de alegría cuando me vea. Ya hace cuatro años que en todas las cartas me dice que venga a pasar con ellos una temporadita; pero yo no puedo ver los viajes; el ferrocarril me marea: aquel ruido infernal, aquellos bufidos... Y luego que a mi edad no le gusta a uno salir de su costumbre... ¿Eh, no es verdad?

FACUNDO. — Sí, señor. (¿Por qué me contará todas estas cosas este caballero?)

DON INOCENCIO. — ¿Y usted sirve en la casa hace mucho tiempo?

FACUNDO. — Desde antes de casarse el señorito...

DON INOCENCIO. — Muy bien. ¿Por lo visto es usted criado antiguo?

FACUNDO. — No, señor; soy ayuda de cámara del señorito.

DON INOCENCIO. — Ya. No tengo el gusto de conocerle todavía... Como se casaron aquí y no pude venir a la boda... Es decir, le conozco por el retrato que me envió María; es un buen mozo, con unas patillas grandes...

FACUNDO. — Ya no tiene patillas. (*Muy serio.*)

DON INOCENCIO. — ¿No? ¿Pues cómo?...

FACUNDO. — Se las ha afeitado.

DON INOCENCIO. — ¡Ah, ya! Creí que le había pasado alguna cosa... Y, vamos a ver; usted que estará en las

interioridades de la casa..., porque usted parece persona honrada... ¿es usted gallego?

FACUNDO. — No, señor; soy asturiano.

DON INOCENCIO. — Bien, lo mismo da.

FACUNDO. — No, señor, no da lo mismo, que un gallego no da nada.

DON INOCENCIO. — ¡Es verdad, es muy cierto! Y vamos a ver; usted, que como persona de confianza estará enterado de todo... va a hacer el favor de decirme si efectivamente mi sobrina es tan feliz como me asegura en todas sus cartas, ¿eh? Porque a veces los esposos ocultan algunos disgustillos..., ¿comprende usted? No es que yo sospeche de mi sobrino..., ¡ca, ni mucho menos! Aunque no le conozco personalmente, me basta leer las postdatas que me pone de vez en cuando... muy expresivas... Recuerdo la última en que me decía: «Querido tío: Mucho nos alegraríamos de ver a usted por aquí; anímese y venga, aunque no se lo aconsejo porque hace un frío horrible...» ¡Muy expresivo siempre, mucho!, pero pudiera haber alguna ligera desavenencia, cosa de matrimonios jóvenes, ¿está usted? Y mi deber es velar por la tranquilidad de María y enterarme...

FACUNDO. — ¡Es muy natural!

DON INOCENCIO. — Conque yo le agradeceré a usted que me hable con franqueza, ya que la casualidad ha hecho que le vea antes que a mis sobrinos.

FACUNDO. — (Esta confianza puede valerme algo.) Comprenda usted que mi posición es muy delicada, y abusar de la confianza que en mí tienen los señores...

DON INOCENCIO. — Muy bien, eso me gusta; es usted reservado, rara condición en los sirvientes. Pero debe hacerse cargo de que este es un caso especial; no se trata de revelar a un extraño, ¿eh?, ¿usted comprende?, sino a una persona interesada...

FACUNDO. — Bien, pero...

DON INOCENCIO. — Yo no soy desagradecido, y esto le valdrá a usted... (*Se suena las narices.*)

FACUNDO. — (¿Cuanto me valdrá?)

DON INOCENCIO. — Mi aprecio y mi consideración.

FACUNDO. — ¡Ya!

DON INOCENCIO. — Cuando usted no me asegura clara y terminantemente que mi sobrina y su esposo son felices, es prueba de que hay algo. Yo le suplico que me lo diga. ¿No se llevan bien?

FACUNDO. — Llevarse bien, sí que se llevan...

DON INOCENCIO. — Disputan alguna vez o riñen...

FACUNDO. — Eso, no, señor; no riñen nunca.

DON INOCENCIO. — ¿Sabe usted si él tiene algún entretenimiento... eh? ¿Usted comprende?

FACUNDO. — No, señor.

DON INOCENCIO. — O si ella tiene celos por cualquier motivo... o sin motivo.

FACUNDO. — No, señor.

DON INOCENCIO. — ¿Entonces qué es lo que hay? (*Con misterio.*)

FACUNDO. — ¿Qué ha de haber? Nada.

DON INOCENCIO. — Como usted ha hecho estas indicaciones...

FACUNDO. — Yo no hice ninguna indicación. Usted se lo dice todo.

DON INOCENCIO. — (Este no se atreve a revelarme algo. Yo lo averiguaré.)

FACUNDO. — Oigo la voz de la señora; ahí está ya.

MARÍA. — (*Dentro.*) ¡Tío! ¿Dónde está, tío?

DON INOCENCIO. — ¡Aquí, sobrina mía! (*Saliendo a la puerta, donde se abrazan estrechamente. Detrás de MARÍA entra DOLORES.*)

MARÍA, DOLORES y DON INOCENCIO.

MARÍA. — ¡Qué sorpresa tan agradable!

DON INOCENCIO. — ¡Pero qué guapa estás!

MARÍA. — ¡Hoy es un día feliz!

DON INOCENCIO. — ¡Sobrina de mi alma! (*Abrazándola otra vez.*) Eres un vivo retrato de tu madre... ¡Pobre Rosalía! (*Enjugándose una lágrima.*) Y de tu padre... ¡Pobre Ceferino!

DOLORES. — ¿Y para mí no hay un abrazo, señor don Inocencio!

DON INOCENCIO. — ¡Usted!... Yo... me parece recordar... sí... ¡Lola! ¡Ya lo creo que hay un abrazo, y muy apretado! (*La abraza.*) ¿Y el papá?

DOLORES. — Murió.

DON INOCENCIO. — ¡Pobre Paco! ¡Era de mi tiempo!... No; me llevaba algunos meses... ¿Y usted sigue soltera?

DOLORES. — No, señor, me casé hace tres años.

DON INOCENCIO. — ¿Y qué tal? ¿Bien?

DOLORES. — Soy muy dichosa.

DON INOCENCIO. — Más vale así.

MARÍA. -- Nos hemos encontrado casualmente en un comercio. Hacía seis años que no nos veíamos ni sabíamos la una de la otra... Dejamos de escribirnos...

DON INOCENCIO. — ¡Eso es indisculpable! ¡Dos amigas de la niñez!...

DOLORES. — Tiene usted razón, don Inocencio.

MARÍA. -- ¡No tenemos perdón de Dios! (*Se besan.*)

DON INOCENCIO. — ¡Pero cómo pasa el tiempo!... Parece que os estoy viendo así, (*Marcando la estatura.*) correr y jugar por la huerta...

DOLORES. — Y robarle a usted los higos. ¿Se acuerda usted?

DON INOCENCIO. — ¡No he de acordarme! Algunos azotitos te he dado. Dispensa que te llame de tú, los viejos estamos autorizados.

DOLORES. — ¡No faltaba más!

MARÍA. -- Y diga usted, tío, vendrá usted por una temporada larga, ¿eh? Después de hacérselo desear tanto, me parece muy justo...

DON INOCENCIO. — Ya veremos.

MARÍA. -- ¿Pero dónde está Andrés?

DON INOCENCIO. — Ha salido... yo creí que contigo. Me encontré con que estaba la casa sola, y tomé posesión de ella.

MARÍA. -- ¡Extraño que no me haya esperado a almorzar! (*Toca el timbre y sale FACUNDO. A DOLORES.*) Por supuesto que hoy en todo el día no te suelto. Si quieres enviaremos recado a tu marido.

DOLORES. — Es inútil; no me espera hasta la noche.

MARÍA. -- Quitate la mantilla. (*Ayudando a quitársela.*)

FACUNDO. — ¿Llamaba la señora?

MARÍA. — ¿El señorito?

FACUNDO. — Salió con un caballero. Dijo que no le esperase usted a almorzar.

MARÍA. — ¡Vaya, algún convite! (A DON INOCENCIO.)

FACUNDO. — Y que si no venfa a la hora de comer, que comiera usted.

MARÍA. — Comerá en el Casino.

FACUNDO. — Y que si a la noche se retrasa, que se acueste usted sin cuidado.

MARÍA. — Bueno, bueno.

DON INOCENCIO. — ¡Malo, malo!

FACUNDO. — ¿Quiere algo la señora?

MARÍA. — Sí, lleva todo esto al gabinete del señorito. (A DON INOCENCIO.) Después se le dispondrá a usted una habitación; por el pronto, si quiere usted lavarse...

DON INOCENCIO. — Sí, sí, y arreglarme un poco. (Cogiendo dos cajitas de madera.) ¡Mira lo que te traigo!

MARÍA. — ¿Qué es?

DON INOCENCIO. — Bizcochos de las monjas de Santa Clara, y bellotas de las monjas de la Concepción.

MARÍA. — ¡Cuánto se lo agradezco!

DON INOCENCIO. — Recordé que te gustaban mucho.

DOLORES. — Y a mí también. Desde que salí de Zamora no he vuelto a comerlas.

DON INOCENCIO. — Éa, voy a asearme un poco. ¿Dónde?

MARÍA. — (Llevándole hasta la puerta derecha.) ¡Allí!

DON INOCENCIO. — ¡Sobrina de mi alma! (Abrazándola y conmoviéndose.) Hasta luego.

MARÍA. — Adiós, tío.

DOLORES. — Adiós, don Inocencio. (A MARÍA.) ¡Se conserva bien!

MARÍA. — Ya lo creo. Siéntate y charlemos; se me ocurren tantas cosas que preguntarte, y tantas que decirte, que no sé por dónde empezar.

DOLORES. — Lo mismo me pasa a mí.

MARÍA. — Ahora que estamos solas, dime la verdad: ¿eres feliz con tu marido?

DOLORES. — Completamente. ¿Y tú?

MARÍA. — No puedo serlo más.

DOLORES. — He encontrado el hombre mejor de la tierra.

MARÍA. — Después del mío.

DOLORES. — Cariñoso, complaciente, expresivo, sin pensar más que en mí, sin darme el más ligero disgusto, concediéndome el más pequeño capricho.

MARÍA. — Lo mismo que Andrés.

DOLORES. — Hemos tenido suerte.

MARÍA. — Te aseguro que no hubiera podido encontrar un carácter más acomodado al mío.

DOLORES. — ¿Te acuerdas de tu ideal en el colegio cuando hablábamos de casarnos?

MARÍA. — ¡Ya lo creo! ¡Esas cosas no se olvidan nunca!  
Y recuerdo el tuyo.

DOLORES. — Tú soñabas con un capitán de Estado Mayor.

MARÍA. — Porque era bonito el uniforme... faja azul y sombrero de tres picos con plumas muy largas.

DOLORES. — ¡Qué tonterías! (*Riendo.*)

MARÍA. — Y tu sueño era casarte con un húsar de Pavía.

DOLORES. — Con los bigotes muy retorcidos... (*Se ríen las dos a carcajadas cogiéndose de las manos.*)

DICHAS y DON INOCENCIO, *en mangas de camisa y limpiándose con una toalla.*

DON INOCENCIO. — (*Deteniéndose al oírlas reír.*) ¿Qué es eso, muchachas?

MARÍA. — ¡Que somos muy dichosas, tío!

DOLORES. — ¡Muy dichosas!

MARÍA. — ¿Qué busca usted?

DON INOCENCIO. — La cartera. ¡Aquí está! (*A MARÍA.*) Yo acabo al momento. Que tengan el almuerzo listo, ¿eh?, porque voy sintiendo apetito.

MARÍA. — Yo también.

DOLORES. — Y yo.

DON INOCENCIO. — ¡Almorzaremos recordando vuestras travesuras, picaruelas! (*Vase.*)

MARÍA. — No puedes figurarte el placer que me causa saber que eres tan feliz como yo.

DOLORES. — Ya comprenderás que a mí me sucede lo mismo.

MARÍA. — Por supuesto, que acaso no toda mi dicha consiste en la bondad del carácter de Andrés; también influye mucho mi sistema.

DOLORES. — ¡Y el mío!

MARÍA. — Yo no le pido nunca cuentas de nada.

DOLORES. — Ni yo.

MARÍA. — Jamás le pregunto de dónde viene.

DOLORES. — Ni adonde va, yo tampoco.

MARÍA. — Así no extrañan su libertad de solteros.

DOLORES. — Y no toman horror al matrimonio.

MARÍA. — Eso es.

DOLORES. — Yo muchas veces tendría gusto en salir a paseo con él, en ir a cualquier parte solitos los dos; pero como no me dice nada, me guardo muy bien de indicárselo; no diga que soy exigente y pegajosa.

MARÍA. — Yo lo mismo. A veces me disgusta salir sola; pero me aguanto.

DOLORES. — Y si los maridos supieran que al dejarla a una así la ponen a veces en mil compromisos... no lo harían.

MARÍA. — ¡Que si la ponen! Dímelo a mí. No vuelvo a salir sola como no sea en coche.

DOLORES. — ¡Ni yo! Hay por ahí un caballero que se ha empeñado en perseguirme.

MARÍA. — Y a mí otro.

DOLORES. — Tropecé una vez al bajarme del tranvía; él me cogió, y desde entonces no pasa día sin que me siga a paseo, al teatro, a todas partes, haciendo el oso de una manera que me pone en evidencia.

MARÍA. — Pues el mío es audaz como él solo. Empezó ofreciéndome el paraguas un día que estaba lloviendo a mares, y ayer se me acercó en la calle, tomando como pretexto para hablarme, decir que el domingo le había yo embromado en el Teatro Real, vestida con un capuchón amarillo y que me hacía la desconocida, y qué sé

yo cuantas inconveniencias. Tuve que ponerle a raya y me costó mucho trabajo que me dejase en paz.

DOLORES. — En Madrid va una comprometida no llevando un hombre a su lado. (*Pausa corta.*)

MARÍA. — Voy a enseñarte mi marido. Ya que no está él, te lo presentaré en efígie. (*Se levanta y trae el álbum de retratos.*)

DOLORES. — (*Quitándose un medallón que lleva al cuello y abriéndolo.*) Aquí traigo la del mío. Y que tiene un parecido notable.

MARÍA. — También este retrato es bueno. (*Abriendo el álbum y como si presentara a una persona.*) Señora, tengo el gusto de presentar a usted al señor don Andrés Guzmán, apreciablesísima persona. (*Da un beso al retrato y el álbum a DOLORES.*)

DOLORES. — (*Haciendo el mismo juego que MARÍA.*) Y yo me tomo la libertad de presentar a usted, algo reducido de tamaño, al señor don Vicente del Valle, persona de toda mi estimación. (*Lo besa y se lo da a MARÍA.*) ¡Jesús!

MARÍA. — ¡Dios mío! (*Mirando el retrato.*)

DOLORES. — ¡Mi perseguidor!

MARÍA. — ¡El del paraguas!

DOLORES. — No puede ser.

MARÍA. — Te equivocas sin duda.

DOLORES. — ¡La que se equivoca eres tú!

MARÍA. — ¡Si está clavado!

DOLORES. — ¡Si está hablando!

MARÍA. — ¿No gasta lentes?

DOLORES. — ¡Sí!

MARÍA. — ¡El mismo!

DOLORES. — ¿No lleva capa con embozos grises y verdes?

MARÍA. — ¡Sí!

DOLORES. — ¡El mismo!

MARÍA. — ¡Desgraciada de mí! (*Llora.*)

DOLORES. — ¡Quién lo hubiera creído! (*Llora.*)



DICHAS y DON INOCENCIO.

DON INOCENCIO. — Ea, a almorzar, que tengo un hambre que no veo.

MARÍA. — Yo no quiero almorzar.

DOLORES. — Ni yo.

DON INOCENCIO. — ¿Qué es esto?

MARÍA. — ¡Que soy muy desgraciada, tío!

DOLORES. — ¡Que somos muy desgraciadas! (*Se abrazan llorando ruidosamente, DON INOCENCIO se queda con la boca abierta.*)

DON INOCENCIO. — ¡Malo, malo, malo! (*Telón rápido.*)

Fin del acto primero



## ACTO SEGUNDO

Sala de paso en una fonda de lujo. Puerta grande al foro, que comunica con la escalera. Al frente, en el pasillo, otra con el número 8. Dos puertas a la derecha: la primera con el número 3, la segunda sin número. A la izquierda otras dos, de las cuales la primera tiene el número 4. En el centro de la escena un «puf» o diván circular y a los lados de la puerta del foro dos aparadores y en uno de ellos recado de escribir. Timbre eléctrico. Las puertas primeras laterales deben ser de una sola hoja y abrirse hacia la derecha.

MARÍA, DOLORES, DON INOLENCIO y un CAMARERO.

MARÍA. — ¿Seguirá usted todas mis instrucciones? (*Al CAMARERO.*)

CAMARERO. — Sí, señora.

DOLORES. — ¿No se olvidará usted de nada?

CAMARERO. — No, señora.

MARÍA. — Y guardará usted el más profundo secreto.

CAMARERO. — Sí, señora.

DOLORES. — Y no dejará usted de avisarnos.

CAMARERO. — No, señora.

MARÍA. — Y si preguntan algo, ya sabe usted.

CAMARERO. — Sí, señora.

DOLORES. — Que yo no habito en ese cuarto. (*Señalando a la izquierda.*)

CAMARERO. — No, señora.

DOLORES. — Sino en ese. (*Por la derecha.*)

CAMARERO. — Sí, señora.

MARÍA. — Y cuando no sepa usted qué contestar, se calla.

CAMARERO. — No, señora. Digo, sí, señora.

DON INOCENCIO. — (Lo tienen mareado y a mí también.)

MARÍA. — La gratificación corresponderá a los servicios de usted.

CAMARERO. — Pueden ustedes estar descuidadas. Para esto me pinto yo sólo. Estoy muy acostumbrado a estos belenes.

MARÍA. — ¿Eh?

DOLORES. — ¿Cómo?

DON INOCENCIO. — ¿Qué dice usted, hombre de Dios? Ved a lo que os exponéis con la bromita... a que supongan lo que no hay, a que os juzguen de mala manera.

CAMARERO. — Yo no he querido decir...

DON INOCENCIO. — Sí, sí, comprendido. Basta, basta.

MARÍA. — ¿Ha descorrido usted el cerrojo de esa puerta?  
(*Segunda derecha.*)

CAMARERO. — No, señora.

MARÍA. — Descórrale usted. (*El CAMARERO entra por la primera derecha y sale por la segunda.*)

DOLORES. — Lo que tendría gracia es que después de todo esto no viniesen esta noche.

MARÍA. — ¡Vaya si vendrán!

DON INOCENCIO. — Me alegraré de que no vengan.

CAMARERO. — (*Saliendo.*) Ya está.

DOLORES. — Bueno, puede retirarse.

MARÍA. — Y no olvidar nada de lo dicho.

CAMARERO. — No, señora. (¡Qué lío será éste!) (*Vase.*)

DICHOS, menos el CAMARERO.

DON INOCENCIO. — ¿Pero estáis en vuestro juicio, criaturas, para hacer un desatino semejante?

MARÍA. — Es inútil que nos haga usted reflexiones.

DOLORES. — ¡Completamente inútil!

MARÍA. — Lo merecen todo.

DOLORES. — Y un poco más.

MARÍA. — Engañarnos de una manera tan inicua...

DOLORES. — ¡Pagar así nuestra confianza!

MARÍA. — Les ha de salir cara la broma, se lo juro.

DOLORES. — Y yo.

MARÍA. — ¿No me han dado ellos un disgusto? Pues se lo devolveremos.

DOLORES. — Con creces.

DON INOCENCIO. — ¿Sí? Pues conmigo no contéis para nada. ¿Estáis? Para nada. No quiero ser cómplice en una farsa de esta especie. Ahora mismo me marchó.

MARÍA. — ¡Tío!

DOLORES. — ¡Don Inocencio!

DON INOCENCIO. — Se trata de dos personas a quienes no tengo el gusto de conocer; cuando averigüen lo sucedido, dirán con razón, con muchísima razón, que un señor de mi edad y circunstancias no ha debido ayudarlos, sino disuadirlos. ¿Eh? ¿No es verdad? ¿No comprendéis esto?

MARÍA. — Tío, usted es nuestro único apoyo; sin usted nada puede hacerse.

DOLORES. — Nada.

DON INOCENCIO. — Motivo más para que me marche. Lo que ustedes deben hacer, señoritas, es decir seriamente a sus esposos que han descubierto su infidelidad, que su proceder es indigno de hombres formales; que... que... Eso... ¿Comprendéis? Un buen sermón que les haga entrar en la senda del deber y de la... Pues. Ni más ni menos.

MARÍA. — ¡Valiente caso harían del sermón! Les entraría por un oído y les saldría por otro.

DOLORES. — O no les entraría por ninguno.

DON INOCENCIO. — (*Después de pensarlo.*) Puede que no les entrara.

MARÍA. — Créame usted, tío, nuestro plan es el más conveniente.

DON INOCENCIO. — ¿Y si después de todo no son ellos y los retratos os han confundido? ¿Eh? ¿Qué diríais entonces?

MARÍA. — Yo no tengo la menor duda.

DOLORES. — Y yo estoy segurísima.

CAMARERO. — (*Saliendo rápidamente.*) Ahí sube el señorito.

DOLORES. — ¿Solo?

CAMARERO. — No, señora, con otro.

MARÍA. — ¡Al cuarto! (*Cogiendo por un brazo a DON INOCENCIO.*)

DOLORES. — Vamos. (*Cogiéndole por el otro.*)

DON INOCENCIO. — Está visto, hacen de mí lo que quieren.  
(*Entran por la primera.*)

CAMARERO. VICENTE y ANDRÉS.

CAMARERO. — ¡Pero qué lío tan gordo debe ser éste!

VICENTE. — La verdad es que hemos pasado un día delicioso. Haz el favor de esperar aquí un momento. Veré si mi mujer está visible.

CAMARERO. — No está la señora. Salió esta mañana y volvió luego dejando esta esquela para usted. (*Dándole una.*)

VICENTE. — Está de Dios que no te presente hoy a ella. (*Leyendo.*) «La tía ha tenido un ataque nervioso...» Los padece con mucha frecuencia... «... y vuelvo a acompañarla. Hoy no recibirá a nadie; por consiguiente, si no quieres aburrirte, no vengas. Por si se empeora pasará a su lado toda la noche y mañana temprano me acompañará el tío. *Tu pichoncita.*» Siempre firma así.

CAMARERO. — ¿Desea usted algo?

VICENTE. — Nada. (*Vase el CAMARERO.*) Ya lo ves, soy libre toda la noche, porque yo no voy a meterme en casa de la tía. ¿Qué hacemos? Son las ocho...

ANDRÉS. — Lo que quieras.

VICENTE. — ¿Vamos al Teatro Real? Cantan «Los Hugonotes» y estará bien aquello.

ANDRÉS. — Tendría que ir a casa para vestirme.

VICENTE. — No; escribe cuatro letras en una tarjeta, la lleva un mozo de aquí y él mismo te trae la ropa.

ANDRÉS. — Eso es mejor.

VICENTE. — Ahí tienes tintero. Voy a vestirme. Entra cuando acabes. (*Vase.*)

ANDRÉS, luego DOLORES.

ANDRÉS. — Acaso esté mi rubia en el teatro. Ha sido buena idea ésta de irnos allá. (*Sentándose para escribir en la tarjeta.*)

DOLORES. — Aquí te espero. (*Hablando con alguien que se supone dentro.*) Vístete pronto, no tardes dos horas como siempre.

ANDRÉS. — (*Que ha levantado la cabeza sorprendido al oír la voz de DOLORES.*) ¡Ella!

DOLORES. — ¡Caballero! (*En voz muy baja y agitada.*)  
¡Qué imprudencia! (Ay, qué vergüenza me da.)

ANDRÉS. — ¡Usted aquí, señora!

DOLORES. — Váyase usted, yo se lo suplico; mi marido va a salir...

ANDRÉS. — ¿Pero qué hace usted en esta fonda?

DOLORES. — Vivimos aquí.

ANDRÉS. — ¡Qué casualidad!

DOLORES. — Por Dios, váyase usted; mi esposo reparó la otra tarde que usted me seguía y ya le conoce. Es horriblemente celoso. Si sale y le ve, todo se ha perdido. (Y es la verdad.)

ANDRÉS. — (Todo se ha perdido: esto quiere decir algo.)  
Bueno, me marcharé; pero dígame usted su nombre...

DOLORES. — ¿El de mi marido?

ANDRÉS. — No, el de usted.

DOLORES. — (¿Qué le digo yo?) ¡María!

ANDRÉS. — ¡María!... (¡Qué demonio! El nombre de mi mujer.)

DOLORES. — Váyase usted; yo se lo ruego.

ANDRÉS. — No me voy sin que antes me prometa usted que hemos de vernos.

DOLORES. — Sí, bien, nos veremos...

ANDRÉS. — ¿Cuándo?

DOLORES. — Pronto.

ANDRÉS. — ¿Dónde?

DOLORES. — No sé..., no se me ocurre...

ANDRÉS. — ¿Adónde van ustedes ahora?

DOLORES. — Ibamos a visitar a una familia... Pero aguarde usted un instante. (*Volviéndose de pronto.*) ¡Pero qué dirá usted de mí, caballero!

ANDRÉS. — ¿Yo? Que es usted encantadora. (DOLORES va a la puerta del cuarto y figura observar.) (Esto se presenta bien.)

DOLORES. — Voy a decir a mi esposo que me siento indispueta.

ANDRÉS. — Perfectamente.

DOLORES. — Que salga él solo.

ANDRÉS. — ¡ Admirable !

DOLORES. — ¿ Pero qué dirá usted de mí ?

ANDRÉS. — ¡ Yo ! Ni una palabra.

DOLORES. — Baje usted a la calle ; haré desde el balcón una señal cuando él se vaya.

ANDRÉS. — No. Esperaré en esa habitación..., la ocupa un amigo mío...

DOLORES. — ¿ Y va usted a enterarle?... ¡ Qué horror !

ANDRÉS. — No se me había ocurrido...

DOLORES. — Es preciso la mayor reserva.

ANDRÉS. — Soy un pozo, señora, un pozo. (*Yendo a cogerle la mano, que ella retira.*)

DOLORES. — Bien ; váyase usted.

ANDRÉS. — ¿ Y si ese caballero no quiere salir ?

DOLORES. — Saldrá, y en cuanto me vea usted en el balcón...

ANDRÉS. — Subo.

DOLORES. — Eso es.

ANDRÉS. — ¡ Ay, qué ojos !

DOLORES. — ¡ Silencio ! (*Va hacia la puerta y vuelve.*) ¡ Pero qué dirá usted de mí, caballero !

VICENTE. — (*Dentro.*) ¡ Andrés !

DOLORES. — ¡ Ah ! (*Vase rápidamente por la primera derecha.*)

- ANDRÉS ; luego VICENTE.

ANDRÉS. — ¡ Estoy asombrado ! ¡ Qué mujeres, Dios mío, qué mujeres ! ¡ Y el marido ahí !

VICENTE. — (*Que sale poniéndose el frac.*) ¿ Pero entras o no ?

ANDRÉS. — ¡ Calla !

VICENTE. — ¿ Has enviado la tarjeta ?

ANDRÉS. — No ; ni la envió.

VICENTE. — ¿ Cómo ?

ANDRÉS. — No puedo ir al teatro ; tengo una cita. La rubia del tranvía vive ahí... en ese cuarto.



VICENTE. — ¡ Ah !

ANDRÉS. — Va a echar a la calle a su marido... Voy a esperar que me haga una señal desde el balcón..., retírate..., vas a espantarme la pesca... No puedo ser más explícito. Anda, vete. Mañana nos veremos. (*Empujándole hacia el cuarto.*)

VICENTE. — Pero, hombre, explícame...

ANDRÉS. — Vete, vete. (*Le obliga a entrar.*)

ANDRÉS ; luego DOLORES.

ANDRÉS. — Es una aventura, una verdadera aventura. Y esa mujer no está acostumbrada a estos lances... Su turbación, su inquietud... ¿Quién será su marido? ¡ Si me costará un garrotazo ! No importa, esta es la vida... Así goza uno. Me voy a la calle.

DOLORES. — ¡ Todavía aquí ! Váyase usted. ¿ Qué está usted pensando ?

ANDRÉS. — ¡ Ah, señora ! Ya me voy, ya. Soy muy feliz, muy feliz. (*Vase.*)

DOLORES y MARÍA.

MARÍA. — (*Saliendo.*) ¡ Y muy pillo !

DOLORES. — ¡ Que va a oírte !

MARÍA. — ¡ Sin verlo no lo creería ! He tenido que contenerme mucho para no salir, descubrirlo todo y armar un escándalo.

DOLORES. — Paciencia, hija, paciencia. Esta noche vamos a conocer a fondo a nuestros maridos. Ya verás el otro. Allí está poniéndose de frac y corbata blanca para ir a divertirse...

MARÍA. — Pues yo aseguro que se ha de divertir ; vengaré en el tuyo la infidelidad del mío. Y pronto, no vaya a escaparse. (*Toca el timbre.*) ¿ Andrés está en la calle ?

DOLORES. — Sí.

MARÍA. — Tenlo de plantón tres o cuatro horas ; no me contento con menos.

DOLORES. — Cuando conozca que se impacienta le diré desde el balcón que espere.

MARÍA. — Eso es. (*Al CAMARERO que ha entrado.*) Pase usted el recado. (*Entra el CAMARERO por la primera izquierda.*)

DOLORES. — Voy a veros desde allí. (De seguro Vicente no es como el otro.) (*Entra por la primera derecha.*)

MARÍA ; después VICENTE.

MARÍA. — Ah, maridos buscaoportunidades, ya es tiempo de que llevéis una leccioncita.

CAMARERO. — (*Que sale.*) Tenga usted la bondad de sentarse, saldrá al momento.

MARÍA. — Como yo no lo eche a perder no será malo. Voy a probar mis condiciones de actriz.

VICENTE. — Una señora que me busca. Señora...

MARÍA. — ¡ Caballero ! (*Descubriéndose.*)

VICENTE. — ¡ Cómo ! ¡ Usted !

MARÍA. — Yo misma. Las circunstancias me han obligado a venir, soy muy desgraciada. No me juzgue usted sin oírme.

VICENTE. — No vuelvo de mi sorpresa.

MARÍA. — Ha llegado el momento de decir a usted la verdad ; de declarárselo todo. Yo soy víctima de una pasión.

VICENTE. — ¡ Señora !

MARÍA. — ¡ De una pasión por usted !

VICENTE. — ¡ Caracoles !

MARÍA. — No debía decirlo, pero las circunstancias me fuerzan a hacerlo. Si usted me juzga mal, será mi castigo. Piense usted de mí lo que quiera, pero oiga de mis labios la verdad desnuda.

VICENTE. — (Pero señor, ¿ qué es esto ?)

MARÍA. — Venga usted acá. (*Cogiéndole por el brazo le obliga a sentarse a su lado en el diván*)

VICENTE. — (¡ Esta mujer está muy nerviosa !)

MARÍA. — Vicente (ya sé que se llama usted Vicente), Vicente, yo soy una mujer muy desgraciada.

VICENTE. — Ya me lo ha dicho usted, señora ; pero no comprendo.

MARÍA. — Escuche usted mi historia, Vicente.

VICENTE. — (¿ Historia tenemos? ¡ Malo !)

MARÍA. — Una historia sombría y terrible.

VICENTE. — (Sospecho que a esta mujer le falta algo.) (*Señalando la cabeza.*)

MARÍA. — Tenía yo quince años, la edad de las ilusiones; era una flor que abría su capullo al soplo de la brisa; golondrina que se lanzaba al aire en su primer vuelo; mariposa que ostentaba con orgullo sus alas de brillantes colores.

VICENTE. — (¡ Ah ! ¡ Vamos, es poetisa !)

MARÍA. — Amaba con la vehemencia de la primera pasión a un joven empleado en Aduanas.

VICENTE. — (No es poetisa.)

MARÍA. — Habíamos nacido el uno para el otro; nuestras almas eran gemelas.

VICENTE. — Muy bien.

MARÍA. — Mis padres... ¡ Los padres son tiranos !

VICENTE. — A veces.

MARÍA. — Se oponían a nuestros amores. ¿ Usted sabe lo que es una pasión contrariada?

VICENTE. — Me lo figuro.

MARÍA. — Es el torrente que halla un dique a su paso, lo destruye y prosigue su carrera. No podíamos dejarnos de amar... ¡ Ah !

VICENTE. — (Sí, la falta algo.)

MARÍA. — Los padres no comprenden esto. En la juventud se ama, en la vejez se piensa. Ellos pensaron y no sintieron.

VICENTE. — ¿ Y qué fué lo que pensaron?

MARÍA. — Que yo sería feliz casándome con un hombre que me doblara la edad; un ser aborrecible a quien me unieron forzosamente; un hombre rico que me ofrecía oro cuando yo buscaba amor. Ese es mi esposo.

VICENTE. — ¿ Y el joven empleado en Aduanas?

MARÍA. — Se arrojó por un balcón.

VICENTE. — ¡ Jesús !

MARÍA. — Y mató a un caballero que pasaba por la calle.

VICENTE. — ¿ Y él?

MARÍA. — No se hizo daño. Al día siguiente partió para Filipinas.

VICENTE. — ¿Y no ha vuelto?

MARÍA. — No ha vuelto. Pero usted es su retrato; es él mismo que alienta y vive.

VICENTE. — ¡Ya!

MARÍA. — Cuando me ofreció usted su paraguas aquella tarde tempestuosa entre los relámpagos que me cegaban y los truenos que me ensordecían, quedé aterrada; creí que era usted su sombra. Porque esos ojos no son de usted, son suyos; ese bigote no es de usted, es suyo; esa mirada no es de usted, es suya.

VICENTE. — Permítame usted, señora; todo esto es mío, (¡Está rematada!)

MARÍA. — Por eso le amo a usted.

VICENTE. — Muchas gracias. (¡Valiente conquista!)

MARÍA. — Yo he querido vencer esta pasión que me domina. Cuando nos vimos en el baile de máscaras...

VICENTE. — ¡Ah, era usted! Por fin lo confiesa. ¿Y por qué me lo negó ayer tan obstinadamente?

MARÍA. — Quería dominarme y no he podido.

VICENTE. — (¡Qué lástima!)

MARÍA. — Esta mañana ocurrió en mi casa una escena terrible. Mi esposo, cogiéndome así, por un brazo, me dijo estas palabras: «¡Miserable mujer, ya sé que amas a un hombre a quien en sueños nombras todas las noches: él y tú pereceréis a mis manos!» Y quien nombró es usted.

VICENTE. — ¡Demonio! Pero, señora, ¿cómo ha averiguado usted mi nombre y mi domicilio?

MARÍA. — El amor lo descubre todo. Sé que se llama usted don Vicente del Vallé y que vive aquí con una hermana suya.

VICENTE. — (¡Pues te han enterado bien!)

MARÍA. — Cuando conocí que mi esposo había descubierto mi oculta pasión temblé por usted y por mí. Salió esta noche y yo vine veloz para decir a usted: ¡Vicente, rompamos el lazo odioso que me une a ese hombre aborrecible; tú me amas!...

VICENTE. — (¡Ya me tutea!)

MARÍA. — Eres libre, así me lo dijiste al menos.

VICENTE. — Sí.

MARÍA. — ¡Huyamos juntos, escapemos a la cólera de ese hombre, que ha de buscarnos y ha de perseguirnos, y solos, lejos, muy lejos, seamos dichosos con nuestro amor, rodeados de felicidad y de misterio!

VICENTE. — (¡ Encantadora proposición ! ) Señora...

MARÍA. — ¿Qué respondes?

VICENTE. — (¡ Lástima que esté loca ! ¡ Es muy guapa ! ) Señora...

MARÍA. — Llámame Blanca.

VICENTE. — Pues bien, Blanca, Blanquita..., eso es imposible...

MARÍA. — ¡ Cómo !

VICENTE. — Usted tiene un esposo que la ama..., hay lazos indisolubles, y el que ayuda a romperlos es digno... de cualquier cosa. Yo no quebrantaré nunca los vínculos sagrados de la familia. Su esposo de usted, por el solo hecho de serlo, es para mí muy respetable.

MARÍA. — ¿Eso responde usted?

VICENTE. — Eso respondo. (¡ A ver si se marcha y me deja en paz !)

MARÍA. — Y cuando yo le dije la primera vez que me habló que era casada, que podía comprometerme, ¿por qué insistió en sus galanterías y me persiguió más tarde y me obsequió en las máscaras, y me citó para el baile siguiente? ¿Por qué ayer, cuando le rechazaba, usted persistía en acompañarme y no pensaba en mi esposo ni en los vínculos sagrados de la familia?

VICENTE. — (Algunas veces parece que no está loca esta mujer.)

MARÍA. — Diga usted que no me ama, que sus protestas de cariño fueron mentira y ficción, y cuando yo lo oiga de sus labios, cuando yo esté cierta de mi desventura... esta arma pondrá término a mis desdichas. (*Sacando del bolsillo una pistola.*)

VICENTE. — ¡ Señora !... ¡ Una pistola !... ¡ Que se le puede soltar a usted un tiro !

MARÍA. — ¡ Dos tiene : uno para usted, otro para mí !

VICENTE. — Con uno bastaba para divertirnos. Deme usted esa arma y reflexione...

MARÍA. — ¡No se acerque usted!

VICENTE. — ¡Por mi amor!

MARÍA. — Eso me desarma. (VICENTE *se acerca y le coge la pistola.*)

VICENTE. — (Estaba en el seguro, pero más seguro es quitársela.) Hablemos con tranquilidad. (*Deja la pistola sobre el aparador.*)

MARÍA. — Ése es mi deseo. ¡Soy tan dichosa viéndome a tu lado!... Tutéame.

VICENTE. — No hay inconveniente. Como tú quieras. (¡Pobrecilla!)

MARÍA. — ¿Has dicho que me amas?

VICENTE. — Creo que sí.

MARÍA. — Pues bien, huyamos.

VICENTE. — ¿Adónde?

MARÍA. — Lejos de mi esposo, lejos de Madrid, lejos de todo lo que nos rodea. Ya no me separaré nunca de ti.

VICENTE. — (¡Estoy divertido!)

MARÍA. — Aquí me esconderé hasta que marchemos. ¡Ocúltame!

VICENTE. — ¡Eso es imposible!

MARÍA. — ¿Por qué?

VICENTE. — Porque... mira... no te alteres, óyeme con calma. Atiende a mis razones que son poderosísimas. ¡Domínate, domínate!

MARÍA. — (*Como haciendo un esfuerzo sobre sí misma.*) Ya escucho.

VICENTE. — Yo dije que era libre, ¿verdad?

MARÍA. — Libre, como el pájaro en el aire.

VICENTE. — No me comparé a ningún pájaro, pero en fin, es igual. ¿Dije que era libre? Pues bien... (allá va), mentí. ¡Perdóname!

MARÍA. — ¿No eres libre?

VICENTE. — No.

MARÍA. — ¿Eres casado?

VICENTE. — Casado.

MARÍA. — ¿Y tu mujer?

VICENTE. — (¡Qué idea!) (*Bajando la voz*) Ahí dentro... Por eso te suplico que te vayas. Ya nos veremos... Ya te buscaré... Comprénde que si ella sale y nos ve aquí... puede armarse un escándalo.

MARÍA. — No me voy. ¿Me amas? Luego la aborreces.

VICENTE. — (¡Qué consecuencias saca esta señora!)

MARÍA. — Te es odiosa y tienes un arma. ¡Mátala!

VICENTE. — ¡Señora, ni en broma me diga usted esas cosas!

MARÍA. — ¿No te atreves? ¡Cobarde! ¡La mataré yo! (*Dirigiéndose al cuarto.*)

VICENTE. — ¡Señora, cálmese usted; no está ahí! (Felizmente; que si estuviera me habrías dado la noche.)

MARÍA. — ¿No está ahí? (*Después de pensar un momento.*) Me marcho.

VICENTE. — ¿De veras? (¡Qué felicidad!)

MARÍA. — Pero vuelvo.

VICENTE. — (¡Al momento me pescas!)

MARÍA. — Volveré para no marchar ya nunca.

VICENTE. — Muy bien.

MARÍA. — ¡Adiós! ¡Espérame, Vicente!

VICENTE. — Sí. (Sentado.) ¡Adiós!

MARÍA. — ¿Me amarás eternamente?

VICENTE. — ¡Eternamente!

MARÍA. — Hasta luego.

VICENTE. — Adiós.

MARÍA. — Adiós. (*Vase.*)

VICENTE, que toca el timbre; luego el CAMARERO.

VICENTE. — ¿Pero cómo no habré conocido antes que estaba loca? No. ¡La verdad es que parecía una persona sensata; nadie hubiera creído...

CAMARERO. — ¿Qué manda usted?

VICENTE. — Si vuelve esa señora, bajo ningún pretexto le permita usted llegar aquí. Dígala usted que me he mu-

dato, que me he ido de Madrid, que me he muerto; cualquier cosa.

CAMARERO. — Está bien.

VICENTE. — Voy a ponerme el gabán y escapo. (*Entra en su cuarto.*)

CAMARERO, MARÍA, *que sale por el foro, se dirige a la habitación de la derecha y llama. Luego DOLORES y DON INOCENCIO.*

MARÍA. — ¡Dolores, don Inocencio! Vengan ustedes.

DOLORES. — ¿Qué hay?

DON INOCENCIO. — Repito que no quiero meterme en nada.

MARÍA. — Vamos, pronto. (*Vase por el foro.*)

CAMARERO, *después VICENTE, luego MARÍA.*

CAMARERO. — ¡Belenes muy gordos he visto, pero como éste ninguno!

VICENTE. — (*Que sale con gabán poniéndose el sombrero.*)  
¿Conque cuidado, eh? De ninguna manera deje usted entrar a esa señora diga lo que quiera.

CAMARERO. — Así lo haré.

VICENTE. — Que no estoy aquí, que no sabe nadie dónde he ido.

CAMARERO. — Está bien.

VICENTE. — Buenas noches. (*Junto a la puerta del foro.*)

MARÍA. — (*Entrando muy agitada.*) ¡Detente!

VICENTE. — ¡Me atrapó! (*El CAMARERO se va.*)

MARÍA. — ¡Mi marido sube, me ha visto, nos busca, quiere matarnos!

VICENTE. — Pero...

MARÍA. — ¡Ocúltame, o somos perdidos!

VICENTE. — ¡Pero, señora!...



MARÍA. — (*Mirando hacia fuera.*) Ahí está, sálvame... (*Se entra en el cuarto de VICENTE.*)

VICENTE. — ¡Señora! ¡Que me compromete usted!

VICENTE; luego DOLORES.

VICENTE. — Vaya, me alegro que venga el marido. Esto ya no se puede sufrir. Le diré lo que me pasa, y que se lleve a su mujer y me deje en paz. Los locos deben estar en un manicomio, y no sueltos por las calles molestando a las gentes pacíficas. A ver, ¿dónde está ese caballero?... (*Va hacia el foro y se detiene al ver a DOLORES.*) ¡Mi mujer!

DOLORES. — ¿Tú aquí a estas horas? No esperaba encontrarte.

VICENTE. — ¿No? Pues yo tampoco esperaba verte hasta mañana... Porque... como... pues... tu tía... (*No sé lo que digo.*) ¿Cómo está tu tía?

DOLORES. — Se ha aliviado, y por eso he venido. El tío me ha acompañado hasta la puerta. ¿Vas a salir? Vete.

VICENTE. — No, si no iba a salir... Es decir, sí iba a salir, y me alegro que hayas venido, porque así saldremos juntos.

DOLORES. — Me duele algo la cabeza y voy a acostarme.

VICENTE. — Espera, espera...

DOLORES. — (*Está pasando las de Caín.*) ¿Qué quieres?

VICENTE. — Te duele la cabeza, ¿verdad? Pues precisamente por eso debes salir un poco, pasaremos por la calle y te despejarás con el fresco... (*Ofreciéndole el brazo.*) Anda, vamos, verás cómo te alivias.

DOLORES. — No, no salgo.

VICENTE. — ¡Qué capricho!

DOLORES. — Capricho es el tuyo. No te privo de que salgas; ve donde quieras. Pero, ¿qué tienes? ¿Estás malo? Parece que estás inquieto.

VICENTE. — ¿Yo? ¡Ca, no!

DOLORES. — Sí, tú tienes algo. No me lo niegues. Te arden las manos. Toma un vaso de agua con azahar... Y acuéstate, acuéstate al momento.

VICENTE. — ¡Eso es, con la otra allí!

DOLORES. — ¿Te ha sucedido alguna cosa? ¿Has tenido algún disgusto?

VICENTE. — ¿Disgusto? ¡No, ca!

DOLORES. — Ya me has puesto intranquila.

VICENTE. — Repito que no tengo nada, mujer.

DOLORES. — Vamos, pues en ese caso házme el favor de salir. (*Abriéndole el gabán.*) ¿Y estás de frac? No te prives de ir adonde pensabas... (*Poniéndole el sombrero que ha dejado sobre el diván.*) Anda, Vicentito, ve a distraerte un rato. Anda, hijo mío.

VICENTE. — (¿Y cómo la dejo aquí con la otra?)

DOLORES. — Yo me voy a la cama.

VICENTE. — No. (*Deteniéndola.*) Espera, espera un momento aquí. Voy a entrar antes porque he dejado el balcón abierto para que se ventile el cuarto... No vayas a resfriarte... Espera aquí... Yo te llamaré. (Si no quiere salir por la otra puerta soy capaz de echarla por el balcón.) (*Entra en el cuarto.*)

#### DOLORES ; luego VICENTE.

DOLORES. — No sabe cómo sacarla de ahí. Está pasando el gran sofoco. Merecido lo tiene. (*Escuchando a la puerta.*) La dice que salga por la otra puerta; mientras yo entro por ésta. La promete huir... Ella accede... Él se acerca.

VICENTE. — (*Que abre la puerta de pronto asustándose al ver junto a ella a DOLORES.*) ¡Ah! Entra, entra; ya está el balcón cerrado. (*Procurando ocultar a la vista de DOLORES con la puerta, a MARÍA que sale sigilosamente por la segunda.*) ¡Gracias a Dios!

#### MARÍA y VICENTE.

VICENTE. — (*A DOLORES.*) Acuéstate, acuéstate; yo volveré muy pronto. Hasta luego. (*Yendo hacia MARÍA, que se ha quedado junto a la segunda puerta.*) ¡Señora! (*Toda*

*la escena a media voz y rapidísima.*) Me ha puesto usted en un compromiso horrible. Vamos, voy a llevarla a usted a su casa.

MARÍA. — ¡A mi casa! No; mi marido me mataría. ¡Estará esperando en la calle! (Y es verdad.)

VICENTE. — Entonces... ¡Qué hacemos! (*Toca el timbre.*) Esto es lo mejor. (*Al CAMARERO que entra.*) ¿Hay alguna habitación desocupada?

CAMARERO. — Esa. (*Señalando el número ocho del fondo.*) El ocho.

VICENTE. — Traiga usted la llave.

CAMARERO. — Está puesta.

MARÍA. — (*Recatándose de que lo oiga el CAMARERO.*) ¿Qué intentas?

VICENTE. — ¡Ya lo verás, bien mío! ¿Dónde vives?

MARÍA. — Sombreroete, diez, segundo.

VICENTE. — ¿Cómo se llama tu esposo?

MARÍA. — Juan González. ¿Por qué me lo preguntas?

VICENTE. — Ya lo verás, no temas.

MARÍA. — (¿Qué proyectará éste?)

VICENTE. — Ven, ven aquí (*Llevándola hacia el número ocho.*) y espérame. Yo volveré a buscarte a medianoche y huiremos.

MARÍA. — ¡Sí!

VICENTE. — Entra, entra. (*Entra MARÍA en el número ocho. VICENTE cierra la puerta con llave.*)

DICHOS, menos MARÍA.

VICENTE. — (*Al CAMARERO.*) ¡Ya habrá usted conocido que esta señora está loca de remate!

CAMARERO. — ¿Yo? No, señor.

VICENTE. — Pues bien, lo está. Voy a avisar a su esposo para que venga a recogerla. Tome usted la llave del cuarto; si llama porque necesite algo, sírvala usted lo que pida, pero no la deje salir. Puede armar un escándalo. Yo

vendré con su esposo lo antes posible. Si esto dura mucho, acabaré por estar tan loco como ella. Juan Sombrerete, González, diez, segundo. (*Como recordando las señas. Vase.*)

CAMARERO y DOLORES, *que sale al ver desaparecer a VICENTE*; luego MARÍA.

DOLORES. — Deme usted esa llave.

CAMARERO. — Tome usted. (¡ Cuando yo digo que éste es un lío de marca mayor !)

DOLORES. — (*Después de abrir la puerta del número ocho, por donde sale MARÍA.*) Ya se ha marchado, sal.

MARÍA. — ¡ Habrá ido a avisar a mi esposo ! (*Riéndose.*)

DOLORES. — Has hecho tu papel como una actriz consumada.

MARÍA. — ¿ Y el tío, dónde está ?

DOLORES. — En el salón de lectura entretenido con los periódicos.

MARÍA. — (*Al CAMARERO.*) Diga usted a ese caballero que venía con nosotras, que le esperamos aquí.

CAMARERO. — Está bien. (*Vase.*)

MARÍA y DOLORES; luego DON INOCENCIO.

DOLORES. — Ahora se me ocurre que mi esposo se habrá encontrado en la calle con el tuyo.

MARÍA. — Le estará contando su aventura.

DOLORES. — De fijo; voy a verle desde el balcón y hacer la señal convenida para que suba.

MARÍA. — Gocemos el placer de la venganza. ¡ Ingratos ! De esta hecha no les queda ganas de perseguir a las casadas.

DOLORES. — Lo malo será que se dediquen a las solteras. (*Entra por la primera.*)

MARÍA y DON INOCENCIO; luego DOLORES.

DON INOCENCIO. — Hijas mías, me traéis como un zarandillo. Os he dicho ya muy claro que no quiero meterme

en nada, absolutamente en nada. (*Deja su sombrero sobre el diván.*) ¿Qué tengo yo que hacer ahora? ¿Qué me queréis?

MARÍA. — Nuestro plan sale a pedir de boca.

DOLORES. — (*Saliendo.*) Ya he hecho la señal, ya sube.

DON INOCENCIO. — ¿Quién sube? Estoy atontado.

DOLORES. — Retírense ustedes pronto, que va a llegar.

MARÍA. — Vamos, tío. (*Levantándole.*)

DON INOCENCIO. — (¿Pero quién me ha metido a mí en todo esto?) (*Entran por la primera izquierda.*)

### DOLORES y ANDRÉS.

DOLORES. — Estoy tan inquieta como si no se tratase de una farsa.

ANDRÉS. — ¡Ah, señora!... (*Entra jadeante.*) (Estoy rendido.)

DOLORES. — Dirá usted que le he hecho esperar mucho tiempo.

ANDRÉS. — Cuando se espera la felicidad, todo el tiempo parece largo. (Y sobre todo de pie.) Pero me considero tan dichoso al verme ya al lado de usted, que... (*Va a cogerla una mano.*)

DOLORES. — ¡Caballero!

MARÍA. — (*Sacando la cabeza por la puerta.*) ¿Eh?

ANDRÉS. — ¿Cómo?

DOLORES. — Nada, nada.

ANDRÉS. — Creí.

DOLORES. — Es preciso que tengamos la mayor prudencia; mi esposo tiene celos de todos y su carácter es violento y terrible. Yo soy una mártir.

ANDRÉS. — (Todas lo mismo.)

DOLORES. — Mi vida es muy triste, muy amarga.

ANDRÉS. — ¡Ah! Yo procuraré endulzar con mi cariño..

DOLORES. — ¡Silencio! Alguien viene. (*Va a la puerta del foro.*) ¡Mi marido!

ANDRÉS. — ¡Canastos! (*Demostrando en su agitación un pánico espantoso.*)

DOLORES. — ¡Ocúltese usted!

ANDRÉS. — ¿Dónde?

DOLORES. — Aquí en mi cuarto.

ANDRÉS. — (*Esta noche me gana una paliza.*) (*Entra por la primera derecha.*)

DOLORES. — (*Con rapidez, desde la puerta.*) Apague usted la luz, y cuando vea usted abrir esta puerta salga usted por la otra. Si lo encuentra a usted mi marido, lo mata. (*Cierra la puerta.*)

DOLORES, *que habla en voz muy baja, mientras se dirige a la primera puerta izquierda, por donde salen DON INOCENCIO y MARÍA.*

DOLORES. — ¡Hola! ¿Cómo vuelves tan pronto? Sin duda se te ha olvidado algo. Siempre te pasa lo mismo. (*A DON INOCENCIO.*) Diga usted que viene por cualquier cosa.

DON INOCENCIO. — Vengo por cualquier cosa. (*Tose muy fuerte como para disimular lo que ha dicho.*)

MARÍA. — (*A DOLORES. Dándole la pistola que coge del aparador.*) Toma, está cargada con pólvora sola, no tengas cuidado. (*Sin que lo oiga DON INOCENCIO.*)

DOLORES. — (*Vete.*) (*MARÍA entra por la primera izquierda. DOLORES a DON INOCENCIO.*) Yo te sacaré lo que quieras. ¿Para qué has de molestarte en buscarlo? (*Diga usted que no.*)

DON INOCENCIO. — No.

DOLORES. — Sospecharás lo menos que tengo a alguien oculto. Entra y convéncete. (*Le empuja al abrir la puerta a tiempo que sale por la segunda ANDRÉS sin sombrero.*)

ANDRÉS. — (*A DOLORES con el aliento.*) Se me ha caído el sombrero.

DOLORES. — (*Lo mismo.*) ¡Huya usted! (*Entra en el cuarto.*)

ANDRÉS. — ¿Pero cómo me voy yo así a la calle? ¡Ah, me llevo éste! (*Coge el de DON INOCENCIO a tiempo que suena el tiro.*) ¡Jesús! (*Se pone el sombrero que se le cuéla, y echa a correr, tropezando con el CAMARERO que entra al salir por el foro.*)

MARÍA. — (*Saliendo.*) ¡Valiente susto lleva en el cuerpo! (*Sale riendo DOLORES.*)

DON INOCENCIO. — (*Que sale aterrado y cae sin sentido sobre el diván.*) ¡No es flojo el que me habéis dado a mí!

Fin del acto segundo





## ACTO TERCERO

La misma decoración del primero.

ANDRÉS ; luego FACUNDO.

ANDRÉS. — ¡ Qué noche, Dios mío, qué noche ! No he sufrido más en mi vida. ¡ Qué agitación ! ¡ Qué inquietud ! ¡ Qué duda tan horrible ! El recuerdo de aquella detonación suena en mis oídos sin cesar como una explosión del infierno. Luego, esta repentina enfermedad de María, todo se ha juntado para desesperarme. ¿ Y por qué se habrá encerrado en su cuarto ? ¿ Y por qué no querrá abrir ? Cualquiera diría que no ignoraba lo sucedido... Es imposible que lo sepa. Y después de todo más vale que no me vea, porque conocería mi sobreexcitación y no sabría qué decirle. Parece que tengo embotados los sentidos. Pero ese criado que no trae los periódicos... *(Al dirigirse al foro aparece en la puerta FACUNDO, que trae muchos periódicos.)*

FACUNDO. — Aquí están todos los diarios. *(Entregándoselos a ANDRÉS.)*

ANDRÉS. — ¡ Gracias a Dios ! ¿ Vienen todos los de la mañana ?

FACUNDO. — Todos.

ANDRÉS. — Está bien. Retírate.

FACUNDO. — *(A éste le ha pasado alguna cosa muy gorda.)*  
*(Vase.)*

ANDRÉS. — *(Repasando con avidez todos los periódicos.)* Alguno dará cuenta del suceso, de seguro, y quiera Dios que no lo haga con nombres propios. *(Leyendo.)* « El ministro de Hacienda... Ayer interpelló en el Congreso... Ha llegado a Madrid... Anoche... » ¡ Ay ! « Anoche se efectuó el enlace de la linda señorita... » ¡ Qué me importa a mí todo esto ! « Se dice que la minoría... Mañana... Anoche... » ¡ Ay ! « Anoche salió para Barcelona... »

(*Arroja al suelo el periódico.*) Este no dice nada. (*Repasando otro.*) «Aseguran... Hay muchas probabilidades... Un crimen horrible...» ¡Dios mío de mi alma! «Un crimen horrible se perpetró el domingo...» ¿Qué me importan a mí los crímenes del domingo? Los de anoche... (*Leyendo.*) «Anoche se cantó en el Teatro Real... Mañana probablemente... Tenemos noticias fidedignas... El reputado artista...» Nada, no dice nada. (*Toma otro periódico.*)

DICHO y MARÍA, *que sale sigilosamente de su habitación y se acerca de puntillas a ANDRÉS.*

ANDRÉS. — «Ignoramos el fundamento... El empréstito de que han hablado... Anoche entre nueve y diez y en una de las fondas más conocidas de esta capital...» ¡Ay!

MARÍA. — ¿Qué lees?

ANDRÉS. — ¡Ah! (*Levantándose vivamente y queriendo ocultar el periódico.*)

MARÍA. — ¿Qué lees con tanto interés?

ANDRÉS. — ¿Yo? ¡Nada! Me entretenía..., estaba entreteniéndome... (Aquí habla de ello, no tengo duda.) Déjame, déjame ahora, que estoy muy ocupado.

MARÍA. — ¿Tanto te interesa la lectura de ese periódico?

ANDRÉS. — No, interesarme, no. ¿Por qué había de interesarme?

MARÍA. — Como ni siquiera se te ocurre preguntarme si estoy más aliviada...

ANDRÉS. — ¡Ah! Sí, es verdad. ¿Qué tal? ¿Te encuentras mejor, hija mía? (*Abrazándola; procura leer al mismo tiempo el suelto comenzado.*) «Entre nueve y diez y en una de las fondas más conocidas...»

MARÍA. — ¿Pero, hombre, qué es eso?

ANDRÉS. — Nada, nada.

MARÍA. — Algo me ocultas.

ANDRÉS. — ¿Yo?

MARÍA. — Sí. Estás inquieto, nervioso, preocupado... ¿Qué te sucede?

ANDRÉS. — Nada, hija, nada.

MARÍA. — Tú que nunca lees periódicos tienes aquí toda la prensa española y devoras con avidez ese diario. (*Arrebatándosele de pronto.*) Voy yo a ver lo que tanto te interesa.

ANDRÉS. — ¡No, trae!

MARÍA. — ¿Pero qué es ello?

ANDRÉS. — (¿Cómo se ha de figurar?... ) ¿Qué es? Pues voy a decírtelo. ¿Hay crisis... sabes? Hay crisis... una crisis... horrible...

MARÍA. — ¿Cómo horrible?

ANDRÉS. — Sí, que salen dos ministros... Y entran otros dos.

MARÍA. — ¿Y a ti qué te importa que salgan o entren, si nunca te ocupas de política?

ANDRÉS. — Es que se indica a un amigo mío para la cartera de Hacienda... y ya ves, me interesa saber si es cierto.

MARÍA. — ¿Un amigo? ¿Quién?

ANDRÉS. — (¿Quién diré yo?) ¡Gómez!

MARÍA. — ¿Gómez? Pero si ese hombre no ha sido nunca nada, ni nadie le conoce...

ANDRÉS. — Eso no importa. Ya ves, para Hacienda cualquiera sirve. No es el primero Gómez... ni será el último... Trae el periódico.

MARÍA. — No te lo doy.

ANDRÉS. — ¿Por qué?

MARÍA. — ¿Es natural que te interese más saber si entra o no en el Ministerio un cualquiera, que enterarte de la salud de tu mujer?

ANDRÉS. — ¡María, Mariquita! ¿Es posible que creas eso? ¿Cómo te encuentras? ¿Qué tal estás? ¿Cómo has pasado la noche?

MARÍA. — Ya me siento mejor.

ANDRÉS. — (Dominaré un momento mi impaciencia.) Tienes buen semblante; no se te conoce que hayas estado mala. ¿Pero qué sería aquéllo? Fué un ataque terrible..., sufriste una convulsión tremenda... No podía sujetarte... y me diste tres bofetadas atroces.

MARÍA. — Nerviosas.

ANDRÉS. — Ya lo sé, hija mía, ya lo sé. Bofetadas nerviosas, pero muy fuertes.

MARÍA. — ¡Pobre Andrés! (*Deja caer el periódico.*)

ANDRÉS. — Eso no importa. Lo interesante es que ya te encuentres restablecida... (*Recogiendo del suelo el periódico y buscando con la vista el suelto de espaldas a MARÍA.*) ¡Y lo estás..., ya lo creo que lo estás! «En una de las fondas más conocidas de esta capital...»

MARÍA. — Saldremos después a dar un paseíto, ¿eh?

ANDRÉS. — Sí, sí. «A un caballero que había llegado pocos días hace con su señora...» ¡Ay!

MARÍA. — Y haremos dos o tres visitas, ¿no te parece?

ANDRÉS. — Sí; todo lo que quieras. (*Leyendo.*) «... con su señora, le fueron robados treinta mil reales...» (*Tirando el periódico.*) ¿Qué me importa a mí todo esto?

MARÍA. — ¿No dice nada de la candidatura de tu amigo?

ANDRÉS. — Nada, nada. Voy a ver si en estos otros periódicos...

FACUNDO. — (*Desde el foro.*) El señor don Vicente del Valle...

MARÍA. — ¡El! Me retiro.

ANDRÉS. — Si es el amigo de quien te hablé anoche...

MARÍA. — No estoy ahora para presentaciones... Haz que se vaya pronto...

ANDRÉS. — (*A FACUNDO.*) Que paze...

MARÍA. — Hasta luego. (*Se va rápidamente.*) Dile que no estoy en casa. (*A ANDRÉS.*)

ANDRÉS. — Me alegro que se vaya. Así podré averiguar lo que ocurre... Estoy febril.

#### ANDRÉS y VICENTE.

FACUNDO. — Pase usted.

ANDRÉS. — ¡Vicente!

VICENTE. — ¿Qué hay?

ANDRÉS. — Eso te pregunto: ¿qué sucede?, ¿qué sabes de lo ocurrido anoche en la fonda? Vamos, pronto, sácame de esta ansiedad.

VICENTE. — Tranquilízate, hombre, tranquilízate. ¿Anda por ahí tu mujer?

ANDRÉS. — Está en su cuarto. Se siente algo indispuesta; ha pasado mal la noche; pero no tan mal como yo.

VICENTE. — ¿Sabe algo acaso?

ANDRÉS. — ¡Qué ha de saber?

VICENTE. — ¿Y tú ignoras lo ocurrido en la fonda?

ANDRÉS. — Claro está. ¿Qué ha pasado? Dímelo pronto.

VICENTE. — Calma, calma. Anoche cuando bajé a la calle en busca del marido de aquella infeliz que tan mal rato me proporcionó, tú esperabas la seña de tu desconocida para subir a su cuarto; ¿no es esto?

ANDRÉS. — Eso es. Hizo la señal, subí, y apenas habíamos empezado a hablar, vuelve el marido, me oculto en su habitación, y cuando él entra en ella salgo por una de escape. El sombrero se me había caído en la obscuridad; cojo el primero que hallo a mano; suena un tiro, me aterro, huyo sin saber lo que hacía, atropello a un camarero y a una señora que subían por la escalera, y que suponiendo sin duda que era yo quien había disparado, gritan: «¡A ese, a ese!» Ya en la calle me serenó algo y dudo si volver, a enterarme de lo sucedido. Pero el temor de averiguar algo terrible o de comprometerla más presentándome en aquel sitio, me hizo desistir. Vine a casa y he pasado una noche... ¡Qué noche, Vicente, qué noche! Cuéntame, por Dios, todo lo que sepas, todo. ¿Qué fué aquel tiro?

VICENTE. — Escucha... y tiembla. Llego a la calle del Sombrerete, número diez, y allí no vive ningún Juan González, ni doy con él en todo el barrio. Me convenzo de que aquella mujer me ha engañado y vuelvo a la fonda. No estaba allí. Obligó al camarero a abrirle la puerta del cuarto y marchó sabe Dios a dónde. ¡Ojalá no vuelva a verla en mi vida! Entro en mi habitación y hallo a mi mujer aterrada por la catástrofe ocurrida en el cuarto de enfrente.

ANDRÉS. — ¿Pero qué pasó? Acaba pronto.

VICENTE. — Según mi mujer, el marido de aquella señora la sorprendió con un amante...

ANDRÉS. — ¡No es cierto, no me vió! Pero debió encontrar mi sombrero...

VICENTE. — Para el caso es lo mismo. Al creerse burlado por su esposa sacó un revólver... y se pegó un tiro.

ANDRÉS. — ¡Jesús! ¡El! ¡Por mí! ¡Dios me perdone! (*Cayendo desfallecido sobre una silla.*)

VICENTE. — No, no creas que ha muerto, no. La cosa no tiene mucha gravedad. La bala se le ha llevado solo la mitad de la nariz.

ANDRÉS. — ¿La mitad? ¿De veras? ¿Nada más que la mitad?

VICENTE. — Nada más.

ANDRÉS. — ¡De todas maneras es horrible!

VICENTE. — Mi mujer es la única que se ha enterado del suceso. Los demás huéspedes de la fonda creen que fué un disparo casual e ignoran que el esposo está herido.

ANDRÉS. — ¡Y todo por culpa mía!

VICENTE. — ¡Buena noche de aventuras! Nos hemos divertido los dos. ¡Te aseguro que no me queda gana de meterme en otra! ¿Y a ti?

ANDRÉS. — ¡No me hables! ¡Estoy trastornado! Mi cabeza es un volcán, necesito respirar el aire libre. Espera un momento y saldremos juntos... (¡Media nariz! ¡Yo soy el responsable! No me lo perdonaré nunca.) (*Entra.*)

VICENTE; luego MARÍA.

VICENTE. — ¡Pobre Andrés! Está preocupado, y verdaderamente el caso no es para menos. Después de todo, aunque desgraciada, mi aventura no ha tenido tan malas consecuencias como la suya. Para evitarlas en lo sucesivo, hoy mismo nos mudaremos a otra fonda; no se le ocurra buscarme de nuevo aquella desdichada y se entere mi mujer y tengamos el gran disgusto.

MARÍA. — (*Que sale de su cuarto con manto de mañana, figurando hablar con alguien que se supone dentro.*)  
¡Adiós, María, adiós!

VICENTE. — (*Al oír su voz.*) ¿Eh? (¡Demonio!)

MARÍA. — ¡Cómo! ¿Usted aquí, caballero? ¡Es posible que me persiga usted por todas partes!

VICENTE. — ¡Pues me gusta!

MARÍA. — ¿Qué hace usted aquí?

VICENTE. — Eso digo yo, ¿qué hace usted?...

MARÍA. — Soy amiga de la señora de esta casa, que obligará a usted a respetar mi decoro.

VICENTE. — ¡Pero si yo no!...

MARÍA. — Lo que hizo usted anoche conmigo fué indigno de un caballero. Todo acabó entre nosotros.

VICENTE. — ¡Cuánto me alegro!

MARÍA. — Sólo quiero ya proporcionarme el placer de la venganza. Su mujer de usted sabrá todo lo ocurrido, yo se lo juro.

VICENTE. — ¡Señora!

MARÍA. — ¡Todo; todo! (*Vase por el foro.*)

VICENTE, luego ANDRÉS.

VICENTE. — Esta mujer va a ponerme en un compromiso. Es necesario salir de aquella fonda inmediatamente. ¡También es casual que sea amiga de la mujer de Andrés! Ahora sabré por fin quién es ella.

ANDRÉS. — (*Saliendo.*) ¡Vamos, vamos pronto!

VICENTE. — Espera. Oye. La loca sale de aquí en este momento.

ANDRÉS. — ¿Qué loca?

VICENTE. — ¡La mía! Es amiga de tu mujer.

ANDRÉS. — ¡De mi mujer!

VICENTE. — Sí. Tú la conoces indudablemente. Necesito que averigües quién es, y me lo digas. Se ha marchado amenazándome con descubrirlo todo a Dolores... ¡Ya ves qué conflicto!

ANDRÉS. — ¡Déjame, déjame por Dios ahora! No tengo la cabeza para nada, no quiero ver a María. No quiero verla; me conocería en la cara todo lo que estoy pasando. (*Yendo a la puerta del fondo.*) ¡Facundo!

VICENTE. — ¡Pero, hombre, considera!

ANDRÉS. — Luego averiguaré cuanto desees, ¡déjame ahora! (*A FACUNDO, que entra.*) Dame el sombrero. (*FACUNDO sale, y entra inmediatamente con el sombrero.* A VI-

CENTE.) ¡Tú no sabes cómo tengo la cabeza! ¡Esto no es cabeza! (A FACUNDO.) Si pregunta por mí la señora, díla que he tenido que salir, que acaso vuelva pronto, que me espere... Vamos.

VICENTE. — Vamos.

ANDRÉS. — ¡Media nariz, Dios mío! (*Vanse.*)

FACUNDO, luego MARÍA por el foro.

FACUNDO. — ¡Aquí pasa algo que yo no comprendo! ¡Esto de ocultar a su tío tiene algún intrínquilis! ¡Ah, señora!... El señorito me ha dicho...

MARÍA. — Ya lo sé, vete.

FACUNDO. — (*Cerrándose la boca con la mano.*) ¡Punto en boca!

MARÍA, luego DON INOCENCIO.

MARÍA. — (*Yendo a la puerta de su habitación.*) ¡Tío, tío! Salga usted.

DON INOCENCIO. — ¡Ya era hora, hija mía! Te aseguro que me voy cansando de jugar al escondite, y que la broma me va pareciendo pesada, pero muy pesada. Cuando se descubra todo van a hacerme responsable de lo sucedido, y voy a tener un disgusto, y yo no estoy para disgustos.

MARÍA. — ¡Querido tío!

DON INOCENCIO. — ¡Sí, mucho querido tío, querido tío, para hacer todo lo que se te antoja y traerme y llevarme como un monigote! ¡Esto es indigno de mis años y de mis circunstancias y de mis... pues!... ¡Indigno!

MARÍA. — ¿Y no merezco este sacrificio de usted para conquistar el cariño de mi esposo, que se extravía?...

DON INOCENCIO. — ¿Pensarás que después de todo esto no volverá a extraviarse?...

MARÍA. — ¡Cómo! ¿Cree usted de veras?... ¡Ay, Dios mío!

DON INOCENCIO. — ¡No, hija mía, no llores, no se extraviará más! Pero no comprendo lo que os proponéis con todo esto.

MARÍA. — ¿Qué nos proponemos? Enseñar a nuestros maridos las inquietudes, la intranquilidad, la zozobra en



que vive todo aquel que teniendo en su hogar paz y cariño busca por fútil capricho aventuras criminales que alejan de su casa la dicha y llevan a la ajena lágrimas y sangre. Eso nos proponemos; y si el corazón de nuestros esposos nos pertenece todavía, si su conducta es sólo consecuencia de un ligero extravío, olvido momentáneo para con nosotras, ellos volverán en sí cuando el engaño acabe, y al comparar las intranquilas horas de la infidelidad con las horas serenas que disfrutaron al lado de sus mujeres, si no prefieren éstas, será que son muy malos... o muy tontos.

DON INOCENCIO. — ¡Muy bien, muy bien me parece todo eso! Lo que hace falta es que a ellos les parezca tan bien como a mí.

DOLORES. — (*Fuera.*) No necesito que me anuncien.

MARÍA. — Ahí está Dolores.

DICHOS y DOLORES.

DOLORES. — ¡Buenos días!

MARÍA. — ¿Has descansado?

DOLORES. — Yo, muy bien, ¿y ustedes?

DON INOCENCIO. — ¡Perfectamente! Con el jaleo de anoche estaba rendido.

DOLORES. — Acabo de ver a tu esposo, que se dirige hacia aquí. Yo venía en coche, y a eso esbo el que no me haya visto.

MARÍA. — Con tu marido salió de aquí hace un rato.

DOLORES. — ¿Con mi marido? Pues venía solo.

MARÍA. — Acabarán de separarse.

DOLORES. — Vicente está aterrado a la sola idea de que has de volver a la fonda. Esta mañana me dijo que hoy mismo nos mudaremos. Anoche tuvo una pesadilla horrible. Decía: «¡Loca, loca!», y se le estremecía todo el cuerpo. Tengo la seguridad de que ya en su vida se atreve a enamorar a ninguna.

DON INOCENCIO. — ¿A ninguna loca? Puede ser.

MARÍA. — ¡Han llamado! Acaso sea Andrés.

DOLORES. — Déjenme ustedes sola. Voy a hacer la última escena de la comedia.

DÓN INOCENCIO. — ¡ Pero todavía !...

MARÍA. — Tiene razón, dejémosla. Venga usted, tío.

DOLORES. — Cierra por dentro la puerta.

MARÍA. — Bueno.

DOLORES. — (*Sentándose.*) Mi visita le va a sorprender un poco.

DOLORES y ANDRÉS, *que entra muy preocupado.*

ANDRÉS. — ¡ Media nariz !

DOLORES. — ¡ Caballero !

ANDRÉS. — ¡ Señora !..., ¿ usted aquí ?

DOLORES. — Debía usted esperarme.

ANDRÉS. — ¿ Yo ?

DOLORES. — ¿ Acaso ignora usted lo que ocurre ?

ANDRÉS. — ¿ Pero quién le ha dicho a usted dónde vivo ?  
¿ Quién le ha inspirado la idea de venir a mi casa ? No comprende usted que este es un compromiso horrible para mí ? ¿ No sabe usted que soy casado ? ¿ Que mi mujer puede salir y vernos ? ¿ Y qué le digo yo entonces ?

DOLORES. — La verdad.

ANDRÉS. — ¡ Cómo !

DOLORES. — Que usted me ha comprometido turbando la paz de mi matrimonio, que usted me asediaba sin cesar por todas partes, que de nada me ha servido imponerle respeto, y que anoche tuve la imprudencia de darle una cita para suplicarle que me dejase en paz, que no me comprometiera.

ANDRÉS. — ¿ Pero me citó usted para eso ?

DOLORES. — ¿ Pues qué había usted creído ?

ANDRÉS. — ¡ Y me pasé dos horas en la calle !

DOLORES. — Esa imprudencia mía ha tenido resultados funestos. Mi esposo...

ANDRÉS. — Ya lo sé, señora, ya lo sé.

DOLORES. — Está gravemente herido.

ANDRÉS. — Ya lo sé. (*Llevándose la mano a la nariz.*)

DOLORES. — Me cree culpable.

ANDRÉS. — Ya lo sé. (*Idem.*)

DOLORES. — ¿Y qué hago yo ahora?

ANDRÉS. — Marcharse, porque va a salir mi mujer y va a armarse el gran escándalo.

DOLORES. — Yo necesito hablar con su mujer de usted.

ANDRÉS. — ¿Está usted en su juicio?

DOLORES. — Necesito contárselo todo.

ANDRÉS. — ¿Para qué?

DOLORES. — Para que me devuelva lo que he perdido.

ANDRÉS. — ¿Y qué ha perdido usted, señora?

DOLORES. — La paz.

ANDRÉS. — ¿Y ella qué tiene que ver con todo esto? Yo le suplico a usted que se vaya. Salgamos juntos si usted quiere; hablaremos por la calle; decidiremos lo que ha de hacerse, procuraré reparar el daño causado... pero es imposible que permanezca usted más en este sitio sin exponerse a que mi esposa salga, y suponiendo mucho más de lo que ha ocurrido, la trate a usted de un modo inconveniente. Comprenda usted que estará en su derecho y que yo tendré que apoyarla.

DOLORES. — Esa señora me tratará con el respeto que usted no ha tenido para mí.

ANDRÉS. — Por si acaso, es preferible que nos vayamos.

DOLORES. — De ningún modo.

ANDRÉS. — (¿Qué hago yo, señor, qué hago yo?)

DOLORES. — Además, me consta que su mujer de usted no le juzgará hoy con la severidad que otro día cualquiera.

ANDRÉS. — ¿Eh?

ANDRÉS. — ¿Pero la ha visto usted? ¿Le ha dicho usted algo?

DOLORES. — Cuando necesitamos ocultar faltas propias, solemos ser benévolas con las ajenas.

ANDRÉS. — ¿Qué dice usted?

DOLORES. — Que su esposa de usted disculpará cuanto ha pasado para que usted, en cambio, sea tolerante con ella.

ANDRÉS. — ¿Y para qué necesita mi tolerancia? Suplico a usted que no se permita ciertas indicaciones. Para obligarme a escuchar a usted, para disculpar su imprudencia, no es preciso que ofenda a mi esposa, que merece ser respetada por todos.

DOLORES. — ¿Y si yo le dijese a usted que su mujer?...

ANDRÉS. — ¡Qué!

DOLORES. — Le engaña.

ANDRÉS. — ¡Señora!

DOLORES. — Y si yo pudiera probarle en este instante...

ANDRÉS. — Yo vuelvo a suplicar a usted...

DOLORES. — Y si yo le dijese que al entrar en esta habitación un hombre se ha ocultado en esa... (*Señalando la de MARÍA.*)

ANDRÉS. — ¿En esa?

DOLORES. — ¿A que no sale su esposa de usted? ¿A que no le permite entrar en su cuarto?

ANDRÉS. — ¿Qué está usted diciendo? (*Va al cuarto de su mujer.*) ¡Qué es esto! ¡Cerrada!

DOLORES. — ¿Lo ve usted?

ANDRÉS. — (*Yendo violentamente hacia DOLORES y obligándola con su actitud a lo que indica.*) Entre usted ahí... Yo necesito saber que no es cierto. Entre usted ahí, señora. (*Entra DOLORES en el cuarto de ANDRÉS que llama fuertemente a la puerta del de MARÍA.*) Acabarán por volverme loco. ¡María, María! ¡Abre! ¡Soy yo!

#### ANDRÉS y MARÍA.

MARÍA. — ¿Qué sucede?

ANDRÉS. — ¿Por qué no abrías?

MARÍA. — ¿A qué vienen esos gritos? ¿Dónde vas?

ANDRÉS. — Déjame entrar.

MARÍA. — ¿Para qué?

ANDRÉS. — ¿Quién está ahí dentro?

MARÍA. — (*Riendo.*) ¿Quién ha de estar?

ANDRÉS. — Déjame, déjame.

MARÍA. — No entres.

ANDRÉS. — ¿Por qué?

MARÍA. — Porque no te lo permito.

ANDRÉS. — Basta de bromas, ¿quién está ahí?

MARÍA. — Nadie.

ANDRÉS. — Necesito verlo.

MARÍA. — ¿Estás loco?

ANDRÉS. — Déjame entrar.

MARÍA. — ¿Pero quién supones que se oculta aquí?

ANDRÉS. — Un hombre.

MARÍA. — Y si así fuera, ¿qué?

ANDRÉS. — ¡Lo mataría! (*Entra y saca agarrado de las solapas a DON INOCENCIO.*)

DICHOS y DON INOCENCIO.

DON INOCENCIO. — ¡Caracoles! ¡Eso no!

ANDRÉS. — ¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Quién es usted?

MARÍA. — ¡Mi tío Inocencio!

DON INOCENCIO. — ¡Vuestro tío! ¿No me conoces? ¡No tiene nada de particular, como no me has visto en tu vida! Pues soy yo, yo mismo. Y si lo dudas, compárame con el retrato que os envié poco tiempo hace y si no te basta, mira mi cédula de vecindad o buscaré un fiador de casa abierta. ¡Je, je, je!

ANDRÉS. — ¿Y por qué se ocultaba usted ahí?

MARÍA. — Para sorprenderte.

DON INOCENCIO. — Eso es, para sorprenderte. Pero si me descuido me sorprendes tú a mí de un modo poco agradable. ¡Canastos con la bromita! Venga un abrazo, sobrino.

ANDRÉS. — (¡Y cómo saco yo a la otra de ahí!)

MARÍA. — ¿Pero quién creías que pudiera estar en mi cuarto? ¡Infeliz!

ANDRÉS. — ¡Qué se yo! Perdóname, María, estoy trastornado.

MARÍA. — ¿Pues qué te pasa?

DON INOCENCIO. — Comprendo perfectamente que lo esté; la cosa no es para menos.

ANDRÉS. — ¿Cómo?

MARÍA. — (*A DON INOCENCIO.*) (Silencio.) (*A ANDRÉS.*) Quiere decir que al sospechar que yo ocultase en mi cuarto a alguien, es natural que te hayas trastornado.

DON INOCENCIO. — Eso es.

ANDRÉS. — ¡Ah! Sí.

DON INOCENCIO. — (Mi sobrina para todo encuentra explicación.)

MARÍA. — ¿Pero con qué derecho, señor esposo, suponía

usted en mí falta tan grave? ¿No comprende usted que la sola sospecha es de tal modo ofensiva que no merece perdón ni disculpa?

ANDRÉS. — Sí, María, sí.

DON INOCENCIO. — Basta, basta. Digámosle toda la verdad y acabemos ya de tonterías y de...

MARÍA. — Pues bien, toda la verdad es que mi tío ha llegado cuando menos lo esperaba, que viene a pasar con nosotros un par de meses y que pensaba no haberse presentado a ti hasta la hora de almorzar para darte una agradable sorpresa.

DON INOCENCIO. — ¡Pues no se lo dice!

ANDRÉS. — ¡Ya lo creo que es agradable! Sí, señor; tengo sumo gusto en verle por aquí, lo deseaba hace mucho tiempo. (*En voz muy alta.*) Así disfrutará usted viendo lo feliz que es María a mi lado, lo dichosos que somos los dos. (*A ver si oyendo esto no sale esa mujer.*)

DON INOCENCIO. — Mucho me alegro veros tan felices. (*DOLORES tose con fuerza. Al oírlo ANDRÉS, tose muy fuerte también.*)

ANDRÉS. — Muy felices, mucho.

MARÍA. — Ea, voy a enseñarle a usted la casa, tío. Venga usted a ver el cuarto de Andrés.

ANDRÉS. — ¡No! (*Poniéndose delante.*)

MARÍA. — ¿Por qué?

ANDRÉS. — Enséñale antes las otras habitaciones. Anda, que vea los cuadros. Los tengo excelentes. En mi cuarto no hay nada de particular.

MARÍA. — Pues por lo mismo que no hay nada de particular, debes dejar que lo vea.

ANDRÉS. — Después.

MARÍA. — No, ahora.

ANDRÉS. — Pero, ¿por qué ese capricho?

DON INOCENCIO. — ¡Qué ganas de martirizar al pobre hombre!

MARÍA. — Harás que sospeche que, como yo, ocultas a alguien en tu cuarto.

ANDRÉS. — ¡Qué atrocidad! (*Tose de nuevo DOLORES y ANDRÉS con más fuerza.*)

MARÍA. — ¿Quién está ahí?

ANDRÉS. — ¡Nadie!

MARÍA. — He de verlo.

DOLORÉS. — Soy yo, señora. (*Presentándose de pronto.*)

DICHOS y DOLORÉS.

ANDRÉS. — (¡Jesucristo!)

MARÍA. — ¡Ah, una mujer!

ANDRÉS. — María, yo te lo explicaré, no juzgues sin oírme.

MARÍA. — ¡Silencio! Hable usted. ¿Qué hacía usted ahí?  
(DON INOCENCIO hace señas a ANDRÉS, que no reparará en él.)

DOLORÉS. — Su esposo de usted me ha obligado a entrar.

ANDRÉS. — Señora, hágame usted el obsequio... (*Pasando en medio de las dos, MARÍA le hace volver a su sitio.*)

MARÍA. — Calla.

ANDRÉS. — Pero si yo...

MARÍA. — Hable usted.

DON INOCENCIO. — (*Aparte a ANDRÉS.*) (No hagas caso de todo esto.)

ANDRÉS. — (¿Eh?)

DOLORÉS. — Yo sentiré producir entre usted y su esposo el más pequeño disgusto. Comprendo que usted, antes de oírme me juzgará mal; que supondrá usted acaso lo que no ha existido.

ANDRÉS. — (*A MARÍA.*) ¡No ha existido...! (*El mismo juego anterior.*) No ha existido, María. Tío, no ha existido.

MARÍA. — Silencio.

DOLORÉS. — Todo ello es sólo una ligereza de ese caballero, que siguiendo la vulgar costumbre de pasar el rato haciendo el amor a la mujer del prójimo.

MARÍA. — ¡Dios mío!

ANDRÉS. — ¡María!

DOLORÉS. — Me ha galanteado, me ha perseguido.

ANDRÉS. — ¡Señora!...

DOLORÉS. — Poniéndome en un compromiso horrible. Se-

ñora, mi esposo, creyéndome culpable se ha pegado un tiro.

MARÍA. — ¡Por ti! ¡Jesús! (*Caer desmayada en brazos de ANDRÉS que la coloca en una butaca.*)

ANDRÉS. — ¡María, María! ¡Agua!

DON INOCENCIO. — Pero, ¿se ha desmayado de veras?

ANDRÉS. — ¡Pues es claro! Señora, salga usted al momento de aquí. ¡Agua! ¡No, mejor es un frasquito de sales que tiene en su cuarto!

DON INOCENCIO. — (*A ANDRÉS.*) ¡No hagas caso, todo es una farsa!

ANDRÉS. — (*¡Pues me gusta el tío!*) Acompáñela usted, que no esté aquí cuando yo vuelva. (*Señalando a DOLORES.*) ¡Hágame usted ese favor! (*Entra en su cuarto.*)

DICHOS, menos ANDRÉS, luego VICENTE. MARÍA se levanta riendo. DOLORES ríe también.

DON INOCENCIO. — ¡Basta por Dios! ¡Esto es demasiado! ¡Yo se lo voy a decir todo! ¡Pero todo!

VICENTE. — (*Dentro.*) ¿Está por aquí el señorito?

DOLORES. — ¡Mi marido!

MARÍA. — ¡Desmáyate ahí! Háganos usted aire. (*Se dejan caer en dos butacas y DON INOCENCIO las abanica con dos periódicos.*)

VICENTE. — Servidor de usted. ¿Qué es esto?

DON INOCENCIO. — No lo sé.

DICHOS y ANDRÉS, que sale con el frasco de sales.

VICENTE. — ¡Mi mujer!

ANDRÉS. — ¿Qué dices?

VICENTE. — ¿Qué hace aquí mi mujer desmayada?

ANDRÉS. — ¡Tu mujer! ¿Es tu mujer la desconocida de la fonda?

VICENTE. — ¡Cómo! (*Viendo a MARÍA.*) ¡La loca! ¿Quién es esta señora?

ANDRÉS. — Mi mujer.



VICENTE. — ¿Tu mujer?

ANDRÉS. — ¡Vicente!

VICENTE. — ¡Andrés!

ANDRÉS. — ¿Qué es esto?

VICENTE. — Eso digo yo, ¿qué es esto? (*Muy serio.*)

DOLORES y MARÍA. — (*Que se levantan riendo.*) Esto es...

MARÍA. — ¡Que eres un tonto! (*A ANDRÉS.*)

DOLORES. — (*A VICENTE.*) ¡Que eres un simple!

MARÍA. — Y que nosotras somos las mejores amigas del mundo. (*Abrazándose.*)

DON INOCENCIO. — Y yo el hombre más infeliz de la tierra, puesto que he permitido que les engañen a ustedes como a unos chinos.

ANDRÉS. — ¡Se conocían ustedes!

MARÍA. — Desde que éramos niñas.

DOLORES. — Y al encontrarnos ayer, después de tantos años, María me contó que hay caballeros que ofrecen sus paraguas... (*A VICENTE.*)

MARÍA. — Y Dolores que hay otros que ayudan a levantarse a las que se caen del tranvía. (*A ANDRÉS.*)

ANDRÉS. — (Chico, estoy avergonzado.)

VICENTE. — (Y yo.)

MARÍA. — Y para que ustedes sepan lo agradable que es vivir a salto de mata, engañando a la esposa que les espera confiada, hicimos esta comedia.

DON INOCENCIO. — ¡Vaya, vaya, amnistía general! (*Acercando cada mujer a su marido.*)

ANDRÉS. — María...

VICENTE. — Dolores...

MARÍA. — ¿Volverás a engañarme?

DOLORES. — ¿Me engañarás otra vez?

DON INOCENCIO. — ¡Qué han de engañar! Esas cosas no se preguntan. Hijas mías, en estos tiempos, el marido más católico, más apostólico y más romano, necesita

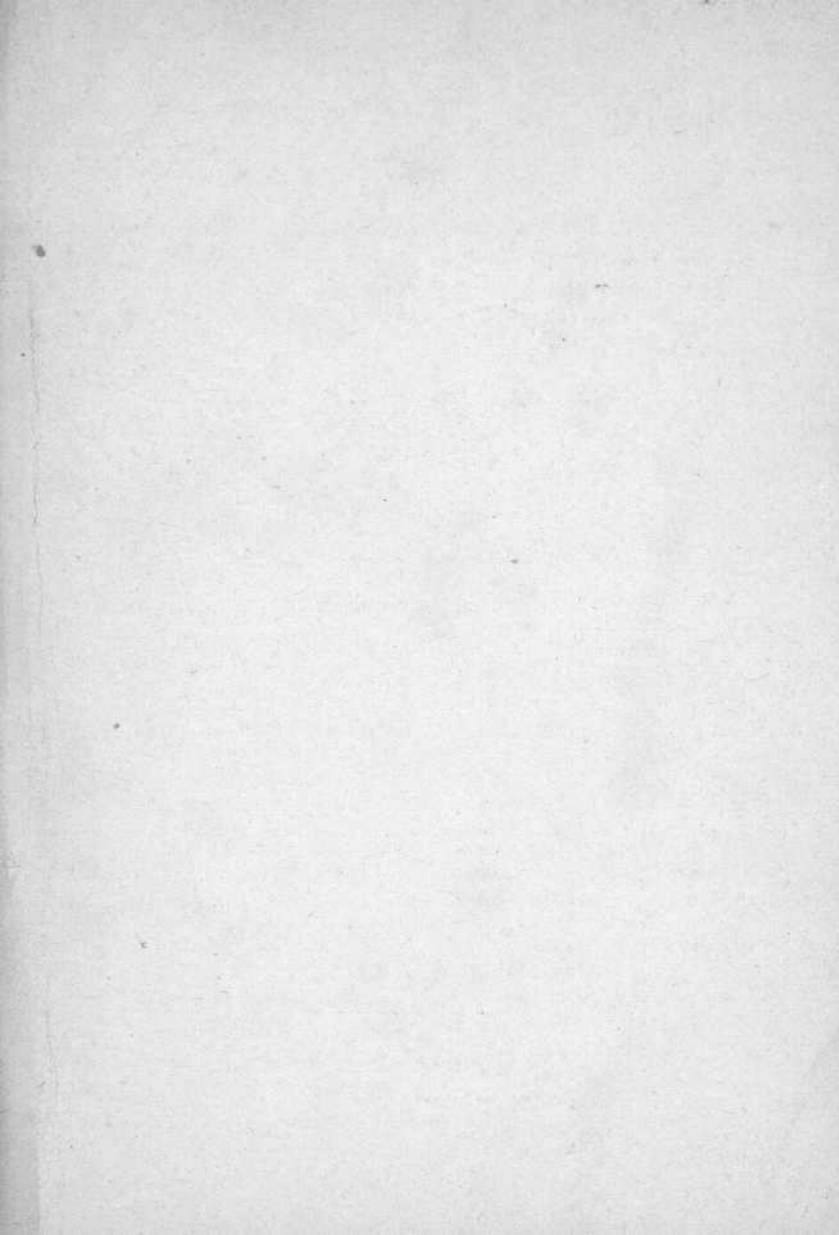
que le recuerden de vez en cuando el *noveno mandamiento*.

ANDRÉS y VICENTE. — (*A quienes tiene abrazados DON INOCENCIO.*) ¡El noveno!

DON INOCENCIO. — ¡Sí, hombre, no desear!...

VICENTE y ANDRÉS. — ¡Ah, sí! (*Señalando cada uno a la mujer del otro y mirándose con intención.*) No desear la mujer de tu prójimo. (*Cuadro. Telón rápido.*)

Fin de la comedia






# TEATRO SELECTO

TÍTULOS PUBLICADOS

en los números

## ESPECIALES CLÁSICOS



- 1 **Calderón de la Barca:** «El Alcalde de Zalamea», «El mayor monstruo, los celos» y «Casa con dos puertas, mala es de guardar».
- 2 **L. F. de Moratín:** «El sí de las niñas», «El barón» y «La comedia nueva».
- 3 **Lope de Vega:** «Fuente Ovejuna», «El perro del hortelano» y «El mejor alcalde, el rey».
- 4 **Tirso de Molina:** «Don Gil de las calzas verdes», «La villana de Vallecas» y «El vergonzoso en palacio».
- 5 **Ruíz de Alarcón:** «La verdad sospechosa», «No hay mal que por bien no venga» y «Los pechos privilegiados».
- 6 **Moreto Cabaña:** «El desdén con el desdén», «El lindo don Diego» y «El licenciado Vidriera».
- 7 **Guillén de Castro:** «Las mocedades del Cid» y «Los malcasados de Valencia».
- 8 **Vélez de Guevara:** «Reinar después de morir», «El diablo está en Cantillana» y «El cerco de Roma».

SOLICITE CATÁLOGO GRATIS

---

DISTRIBUIDORES  
**COMERCIAL GERPLÁ**  
Unión, 21. — BARCELONA

Valverde, 43-MADRID  
Ballesteros, 4-VALENCIA  
Gamazo, 6-SEVILLA

T. G. ROVIRA. - ROSELLÓN, 332. - BARCELONA